

**EL IMPACTO DEL POPULISMO EN LA TRANSFORMACIÓN DE LA  
IDENTIDAD INTERNACIONAL DEL JAPÓN DE POSGUERRA**

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA  
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y RELACIONES INTERNACIONALES  
CARRERA DE RELACIONES INTERNACIONALES  
BOGOTÁ D.C.  
JULIO 2020**

**EL IMPACTO DEL POPULISMO EN LA TRANSFORMACIÓN DE LA  
IDENTIDAD INTERNACIONAL DEL JAPÓN DE POSGUERRA**

**CÉSAR ANDRÉS PRIETO DIAZGRANADOS**

**DIRECTOR DE TRABAJO DE GRADO**

**MAURICIO JARAMILLO JASSIR**

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA**

**FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y RELACIONES INTERNACIONALES**

**CARRERA DE RELACIONES INTERNACIONALES**

**BOGOTA D.C.**

**2020**

## TABLA DE CONTENIDO

I.	INTRODUCCIÓN	1
II.	METODOLOGÍA	7
III.	MARCO TEÓRICO	8
	• LA TRANSFORMACIÓN DE LA IDENTIDAD EN EL JAPÓN DE POSGUERRA	8
	• EL JUEGO DEL DOBLE TABLERO EN POLÍTICA EXTERIOR	10
	• EL POPULISMO EN JAPÓN A PARTIR DE JUNICHIRO KOIZUMI	13
IV.	CAPÍTULO I: LAS TRANSFORMACIONES DE IDENTIDAD JAPONESA PROYECTADAS EN SU POLÍTICA EXTERIOR: UNA CONTEXTUALIZACIÓN DEL JAPÓN DE POSGUERRA	15
V.	CAPÍTULO II: LAS INCIDENCIAS DEL FIN DE LA GUERRA FRÍA (JAPÓN ANTE UN NUEVO ORDEN MUNDIAL) Y LA APLICACIÓN DE LA METÁFORA DEL DOBLE TABLERO EN LA POLÍTICA EXTERIOR JAPONESA.	27
VI.	CAPÍTULO III: EL IMPACTO DEL POPULISMO EN JAPÓN: UNA MIRADA A LA ADMINISTRACIÓN DE JUNICHIRO KOIZUMI	38
VII.	CONCLUSIONES	45
VIII.	BIBLIOGRAFÍA	49

## I. INTRODUCCIÓN

El propósito de esta tesis tiene como fin poner en evidencia el cambio de la identidad japonesa durante el periodo de Posguerra (refiriéndonos a los acontecimientos posteriores a la Segunda Guerra Mundial), para esto, analizaremos la política exterior nipona como escenario de transformación de acuerdo con las dinámicas endógenas, afectadas por el populismo expuesto en el gobierno de Junichiro Koizumi.

La política exterior japonesa de Posguerra es un componente clave en la dinámica del Sistema Internacional, el complejo de decisiones que los *policymakers* japoneses determinan, se anticipan claves en el orden mundial, por eso, aspectos que resaltan por parte de este país, como el pacifismo y a las buenas relaciones comerciales, exponen a Japón como un elemento necesario para la consecución de escenarios que mantengan la calma en un vecindario bastante susceptible al conflicto. Rodeado de actores como China y Corea del Norte, Japón posee grandes desafíos a nivel de diplomacia que se agrandan por su alineamiento con Estados Unidos.

Japón ha sido sujeto de varias transformaciones, posterior a su rendición en la Segunda Guerra Mundial el país vería obstruido sus valores imperialistas para acoplarse al mandato aliado tras el proceso de ocupación en el archipiélago. Según Vidal (2010) Japón viviría una metamorfosis que estaría a cargo del general estadounidense Douglas MacArthur, la adopción de principios occidentales en la que destacan el tipo de gobierno – parlamentarismo constitucional –, su vuelco a “nación pacífica” y la introducción de una nueva Constitución – en la que pondría de manifiesto la renuncia a la resolución de controversias internacionales a través del uso de la fuerza –; compondrían una atmósfera que implicó, además de la ocupación y la pérdida de soberanía entre 1947 y 1952, la afectación de múltiples ámbitos en la que destacan: la sociedad, su política interna, la economía y política exterior (págs. 15-19).

El trasegar japonés posterior a esta transición obligada significó un proceso de acoplamiento complejo, la constante volatilidad del Sistema Internacional se sumaría a los problemas de Japón para ratificar un nuevo rol en la coyuntura mundial. La dependencia de

Japón con Estados Unidos igualmente se vería afectada por la configuración inminente de un hecho que permearía al mundo, la Guerra Fría, una arena que afianzaría el papel japonés de enemigo a aliado y que ya había dado sus primeros pasos posterior a la Segunda Guerra Mundial, elemento clave para frenar la amenaza comunista en el este asiático y que convertiría a la joven democracia japonesa en un agente con alto valor geopolítico.

La situación japonesa luego de su rendición en la guerra traía bastante incertidumbre en las dimensiones interna y externa del país, la transición de potencia imperialista a país derrotado anticipaba problemas a la hora de intervenir con el objetivo de estipular el nuevo camino nipón. Sin embargo, Japón, en su condición de derrotado, tuvo que adoptar la Doctrina Yoshida, una estrategia favorable en la que Estados Unidos velaba por la seguridad del archipiélago mientras que Japón se ocupaba, netamente, en su recuperación económica, un elemento que sería de vital importancia y que iniciaría el camino de su inmenso desarrollo (Vidal, 2010, págs. 15-19).

El satisfactorio paso de esta doctrina, necesaria para el resurgimiento del archipiélago, fue sujeto de varios obstáculos que se concentraban en el tratamiento del dilema de seguridad que surgía de las alianzas, la posibilidad de quedar sumergido en dinámicas de *abandonment* o *entrapment*<sup>1</sup> estaban latentes y podrían significar el desentendimiento de Estados Unidos en materia de seguridad para Japón o la obligación, por parte de este, a incidir en un conflicto. Como señala Vidal en Snyder (1997) posterior al inicio de una alianza, los actores inmersos tienden a ser, o bien abandonados por causa del realineamiento con otros miembros, o bien arrastrados a intervenir en un conflicto en el que sus intereses no se encuentran amenazados (Vidal, 2010, págs. 15-19).

No obstante, Japón lidió de manera pertinente ambas posibilidades durante la Guerra Fría, la geopolítica japonesa era clave dentro de los intereses estadounidenses y, ante la necesidad de un gran aliado en el continente asiático, Japón superaría el riesgo de abandono. Asimismo, sortearía la posibilidad de *entrapment*, limitando el radio de extensión de su seguridad a

---

<sup>1</sup> Los términos '*abandonment*' y '*entrapment*' reflejan las preocupaciones contrastantes sobre los compromisos de defensa de los Estados Unidos en el Asia-Pacífico. '*Entrapment*' es asociado al recelo, en este caso japonés, de ser arrastrados a una confrontación bélica ocasionada por '*entangling alliances*'. '*Abandonment*', por el otro lado, se estipula como el temor exacerbado por la deferencia de Washington hacia China que puede debilitar los compromisos de seguridad de Estados Unidos con ellos.

Filipinas y Corea del Sur, una planeación bastante apropiada que le significó un rol destacado en esta guerra (Vidal, 2010, págs. 15-19).

A pesar de haber sabido lidiar con la Guerra Fría, Japón empezó a demostrar que la Doctrina Yoshida perdía validez, el cambio del orden bipolar y el estallido de la Guerra del Golfo en 1990, serían aspectos que pondrían en tela de juicio el nuevo rol del país nipón en el Sistema Internacional. La carente ayuda ofrecida en la operación que libraría a Kuwait, sería el hecho que puso a reflexionar sobre el esquema de seguridad japonés que debía enfrentar la nueva ola de desafíos en el orden mundial (Vidal, 2010, págs. 15-19).

El estudio de la política exterior japonesa es un asunto propio de las relaciones internacionales, no solo por el rol que juega este país en el Sistema Internacional sino por las profundas mutaciones que sufrió Japón para sobreponerse a la derrota en la Segunda Guerra Mundial y adaptarse a la coyuntura mundial. La Posguerra para Japón implicó un proceso que socavaría los valores nacionalistas que se enarbolaron bajo la bandera imperialista, la transición que tuvo que promover el archipiélago no fue únicamente en el instante de la ocupación aliada, por el contrario, se compuso como una dinámica habitual en el trasegar japonés adaptándose a lo que la circunstancia internacional le pedía.

Nuevos factores han condicionado lo que habría sido esa vigorosa Doctrina Yoshida, el dinamismo en la escena internacional es uno de los aspectos a destacar en este cambio de rol que viene planteando Japón; presencia de Fuerzas de Autodefensa en Afganistán e Irak, aumento de la armada japonesa en el Océano Índico, campaña en distintos proyectos de cooperación que se refleja también en su lucha por entrar al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, componen particulares que le han dado una nueva faceta a la nación japonesa. A lo anterior, es imprescindible añadir los efectos que estas nuevas dinámicas traen en materia de seguridad, un escenario que ha revivido el debate de la posible remilitarización en Japón y la misma posibilidad de enmienda a la Constitución, escenario que ilustra un cambio en la generación de políticos, centrándose cada vez más en una agenda de defensa y dejando de lado el condicionamiento estadounidense ante la posibilidad de afectación en intereses nacionales (Vidal, 2010, págs. 15-19).

La nueva ola de mandatarios trajo consigo a dos primeros ministros claves dentro del cambio de identidad japonesa, tras la expiración de la Doctrina Yoshida, el afán por acoplarse

a una nueva realidad era inminente, la crisis de Taiwán, el avance del terrorismo transnacional y la enorme tensión con Corea del Norte y China, llevaron a encarar de manera distinta a la que había predominado desde el fin de la Segunda Guerra Mundial – bajo el control estadounidense –; tanto Junichiro Koizumi como Shinzo Abe propulsaron el populismo en Japón dentro de un plano interno, aprovechando el resurgimiento del fenómeno a nivel mundial que, según Jan Muller , responde a una problemática interna en un contexto de nación particular que impulsa alternativas de cambios en las políticas, algo determinante en el cambio de identidad japonesa. Lo anterior confiere una alta pertinencia a un modelo teórico que apunte a la identidad como un asunto insertado en el Estado, identidad que es sujeto de constantes transformaciones que se dan como respuesta a la dinámica regional y global, aquí, la acepción constructivista de Alexander Wendt compondrá la hoja de ruta para el entendimiento de estos cambios en el caso concreto del Japón de Posguerra.

El entendimiento de la relación política nacional-internacional será otro elemento clave para la investigación, la dinámica endógena y externa de Japón señalará la naturaleza del eslabonamiento entre ambas dimensiones, saber mover las fichas de este doble tablero – según la metáfora de Putnam –, incidirá en la proyección nipona avocada a la seguridad y defensa que se ha venido representando en forma más álgida con la investidura de Junichiro Koizumi y que ha sido nutrida, en la actualidad, por Shinzo Abe.

La conformación de la Japón actual usualmente responde al dinamismo del Sistema Internacional y su relación con Estados Unidos, aspectos que desde su derrota en la Segunda Guerra Mundial no han variado en su proceder. La atmósfera que se dilucidó posterior a la Guerra Fría tuvo grandes implicaciones para Japón que empezaría con su recriminado papel en la invasión a Kuwait y su “diplomacia talonario”, este hecho supuso un debate alrededor de la contribución nipona a la estabilidad y el orden internacional, un panorama que implicaba la modificación de su Constitución a partir de la aprobación bicameral de leyes que dejaran la participación japonesa en misiones con bandera de la ONU, un precedente que empezaría dar noción de tangibilidad al deseo de un grueso importante de la política japonesa en materia de seguridad y defensa. Esta idea tomaba más fuerza tras la claridad meridiana en el panorama de incertidumbre que denotaba la alianza de seguridad con Estados Unidos en el periodo de Posguerra Fría, la redefinición del *National Defense Program Outlook* (NDPO)

veinte años después (1995) y la Declaración Conjunta (1996), afianzaría la idea de una fuerza de defensa estándar, concepto que otorgaría facultades al gobierno de aumentar sus Fuerzas de Autodefensa en circunstancias “alrededor” que pudieran afectar la paz y seguridad nacional. A pesar de las condiciones que suponía esta cláusula con los temas constitucionales, los mecanismos de la ONU y los acuerdos con Estados Unidos, este avance significaba poder prepararse para situaciones amenazantes de manera ambigua, sin que los demás actores percibieran o se vieran enfrascados en un dilema de seguridad.

Estos cambios de la década de los noventa tendrían una aceleración en el nuevo siglo, la nueva coyuntura internacional se inauguraba con el 11-S que enmarcaba una situación inédita y obligaba a Japón a su participación dentro de la coalición multinacional liderada por Estados Unidos, el impacto de estos ataques terroristas estarían enmarcados por la sorpresiva victoria de Junichiro Koizumi en Japón, un evento que vino acompañado con una inmensa popularidad para este líder que se caracterizaba por el desafío que exponía ante el status-quo político que imperaba en la nación, su estilo político particular apelaba al populismo, un fenómeno que supondría enormes cambios guiado por sus intereses anti-elitistas y fórmulas neoliberales que se acercaban arraigo a la tradición y el estado; Jan Muller (2018) señala que “populista es el que decide quien forma parte del pueblo real, el que no quiera ser parte de esta masa unificada queda excluido” (p. 2); Koizumi asume esta dicotomía en términos de la gente del común y las élites. Otake (2003) a esta dinámica en particular la denomina un estilo político ‘teatral’ en el que se maneja una lógica de héroes contra enemigos (p. 126). La investidura de Koizumi representó la entrada de un fenómeno del que Japón se creía vacunado, su potencial apoyo bicameral lo convertiría en un gobernante que procedía según su criterio y condenaba a aquellos que se pronunciaban en su contra, esto lo llevó a cambios institucionales y legales de gran calado en el sistema político japonés.

El particular de seguridad no fue la excepción y la circunstancia que dejaba el 11-S fomentó aprobaciones legislativas que aportaban en el envío de Fuerzas de Autodefensa en contra del régimen de los talibanes en Afganistán o su presencia en Irak así no contara con el aval de la ONU, esto implicaba que ante los requerimientos de Koizumi la Dieta obraba, en este caso, ampliando el marco legal existente para efectuar el envío de tropas, la poca resistencia en su partido de coalición empezaba a engendrar, al menos en el tema de



seguridad, grandes cambios que apuntaban a la edición del artículo 9<sup>2</sup> de la Constitución. Esta administración vendría sucedida por Shinzo Abe – primer ministro que empalmaba la administración de Koizumi – un actor clave quien retomaba la peculiar manera en el proceder político dejada por su antecesor, su evidente corte nacionalista y su manifestación en contra del colectivo que no se supeditara a su ideal, supuso la dilatación del populismo en Japón, un escenario que anticipaba avances tangibles en ámbitos delicados que no se desarrollaban debido a la reticencia de la oposición; el tema de seguridad y defensa era uno de los que más destacaba y empezaría a llamar la atención por la trascendencia que estos cambios podrían infringir en el Sistema Internacional.

La política exterior y la identidad japonesa son componentes claves que definiremos como una variable dependiente, el correlato que se percibe con el populismo – definido como vector independiente –, ayudará al análisis del impacto de un vector, definido bajo paralelos internos, hacia dimensiones externas, acudiendo a la realidad del Japón de Posguerra como el escenario que sufrirá alteraciones.

Ante el impacto del populismo en Japón como un fenómeno inédito y que ha demostrado permear en el comportamiento de los países que son sujeto de gobernantes populistas, la identidad nipona se expone ante un nuevo elemento de transformación que, como señala Muller (2018) “dan surgimiento de un patrón distintivo de gobernación autoritaria allí” (p.1). En este orden de ideas, y de acuerdo a todo lo anterior, la proyección japonesa en el espectro internacional tendrá cambios de percepción entendida a través de su política exterior, es así que para demostrar el objetivo de esta tesis la pregunta de investigación más propicia para esta memoria se desarrolla de la siguiente manera: A través del análisis de las transformaciones de identidad que ha sufrido Japón en el periodo de Posguerra (Segunda Guerra Mundial) ¿Cómo la entrada del populismo, enfatizando la administración de Koizumi, ha incidido en el cambio de la identidad japonesa enfocándonos principalmente en el vector de su política exterior? Para responder a esto, el objetivo de entrada (general)

---

<sup>2</sup>El texto plasmado en la Constitución del artículo 9 es el siguiente: Aspirando sinceramente a una paz internacional basada en la justicia y el orden, el pueblo japonés renuncia para siempre a la guerra como derecho soberano de la nación y a la amenaza o al uso de la fuerza como medio de solución en disputas internacionales. Con el objeto de llevar a cabo el deseo expresado en el párrafo precedente, no se mantendrán en lo sucesivo fuerzas de tierra, mar o aire como tampoco otro potencial bélico. El derecho de beligerancia del estado no será reconocido.

consiste en: Analizar la influencia del populismo en la transformación de la identidad japonesa a partir del estudio de su política exterior, objetivo que estará dividido en los siguientes capítulos: El primero que destaca la transformación de la identidad japonesa en la Posguerra (Segunda Guerra Mundial) señalando la incidencia de esta en su política exterior con el propósito de proyectar los contrastes que llevaron a transiciones de identidad por parte del archipiélago en este periodo; el segundo capítulo expone las repercusiones del cambio de orden mundial culminada la Guerra Fría en Japón, resaltando la dinámica del juego del doble tablero en la política exterior japonesa. Por último, analizaremos el populismo en Japón a partir de la administración de Junichiro Koizumi, haciendo un breve énfasis en Shinzo Abe.

La focalización que esgrime esta hoja de ruta permitirá esbozar posibles hallazgos de la transformación que tuvo Japón posterior a la entrada del populismo en el país representado, principalmente, por Junichiro Koizumi, anticipando los posibles impactos que contrajo este fenómeno para Japón en el espectro internacional.

## **II. METODOLOGÍA**

Esta memoria presenta una investigación de carácter cualitativo que busca esclarecer cómo el populismo ha influido en el cambio de la identidad japonesa y, paralelamente, su proyección en política exterior. Para poder abordar esta propuesta, delimitaremos el universo cualitativo al aspecto descriptivo, imprescindible cuando partimos de un conocimiento inicial de la realidad a través de la observación directa, además del conocimiento que se obtiene mediante la lectura o el estudio de la información aportada por otros autores.

El método descriptivo, además del rigor que expone, promueve la interpretación de la información a partir de opiniones que tienden a la subjetividad, sin llegar a la arbitrariedad. De igual manera, optaremos por métodos de recolección de datos que atienden a la dinámica de mantenimiento de registros, exponiendo así el uso de documentos académicos variados que aporten a la obtención de múltiples ideas respecto a tópicos en común que eviten generar nociones con juicios de valor, concepciones subjetivas o sesgos, concentrándose en

razonamientos que auxilien a profundizar y responder la incógnita de la presente investigación.

El escenario que plantea el análisis del populismo, clasificado como vector independiente dentro del documento, será el elemento clave que impactará a lo que hemos definido como variable dependiente manifestada en la identidad japonesa, en la que la política exterior nipona se esgrime como uno de los campos escogidos para el análisis debido a que puede reflejar la influencia del populismo – planteado como variable de ejercicio interno – en el campo internacional, siendo la política exterior la bisagra que nos ayude a la identificación de la transformación de identidad de Japón, en un periodo de estudio abocado a la Posguerra.

De igual manera, centraremos esta investigación dentro del marco de estudio de caso que, como señala Chetty (1996), aporta para una metodología rigurosa que se hace adecuada para investigar fenómenos en los que se busca dar respuesta a cómo y por qué ocurren, a través – precisamente – de análisis profundos de otros estudios de caso.

### **III. MARCO TEÓRICO**

- **LA TRANSFORMACIÓN DE LA IDENTIDAD EN EL JAPÓN DE POSGUERRA**

Dentro de la teoría social constructivista, un principio fundamental es aquel que expone la relación de la gente con objetos y otros actores, que igualmente exponen los estados. La simplista forma de “actuar de una forma con sus enemigos y de otra diferente con sus amigos porque los enemigos suponen una amenaza y los amigos no” (Wendt, 2005, p. 7), sugiere la manera de proceder frente a la variedad de agentes en el Sistema Internacional. Esta relación se ve permeada por la distribución de poder, un particular que afecta y moldea esta interacción denominada identidad que, asimismo, como apuntaría Alexander Wendt (2005) dependería de la interpretación y expectativas intersubjetivas que surjan de la

contraparte, al final, son los significados colectivos los que conforman las estructuras que organizan nuestras acciones (p. 7)

El caso japonés de Posguerra denota un nuevo comienzo tras las secuelas que supuso el final de la Segunda Guerra Mundial para lo que se conocía como el Imperio de Japón, la obligación a adaptarse a un nuevo rol determinó la necesidad de transformar su identidad. Alexander Wendt (2005) señala que los actores adquieren identidad a partir de las expectativas e interpretaciones del yo relativamente estables y acordes con su papel, es decir, mediante su participación en los significados colectivos, un fenómeno que cala en principio y mayor medida, al espectro relacional (p. 8). El proceso de ocupación aliada, el compromiso de renunciar a la guerra y la clausura de resolución de conflictos por la vía armada – unas exigencias que denotaban obligatoriedad al estar plasmadas en una nueva Constitución – trascendieron como factores que desencadenaban un nuevo proceso de señalización, interpretación y respuesta, en pocas palabras un “acto social”, para Wendt el proceso de creación de significados intersubjetivos determinan la identidad y esta interacción recíproca a través de expectativas constantes estipuladas por gestos que expone ego a los que responde alter, crean conceptos relativamente estables de esa identidad. El renacimiento de Japón tras la guerra empezaba a confeccionar estos parales, la transformación de la identidad e intereses – implícitamente –, era un proceder forzoso al que se debía adaptar para sobrevivir.

Sin embargo, la nueva identidad nipona, que se destacaba por su subordinación hacia Estados Unidos en varios ámbitos – en el que destacaba el particular de seguridad- implicó un continuado descontento en el país que se exacerbaría con el final de la Guerra Fría y la fricción que se hacía cada vez más difícil de manejar en el vecindario. La necesidad del rearme del país cada vez se veía más pertinente, apuntando a la posibilidad de ausencia de respuesta estadounidense ante la constante amenaza hostil que brindaba este panorama. Este escenario inducía a un cambio de identidad que respondiera a los nuevos intereses que cimentaba tras la nueva configuración que se desarrollaba en el Sistema Internacional; Alexander Wendt en su texto *‘La anarquía es lo que los estados hacen de ella. La construcción social de la política de poder’* señala que “esta elección excepcional y consciente de transformar o de superar papeles necesita, al menos, dos precondiciones.

Primera, tiene que haber una razón para pensar sobre uno mismo en nuevos términos; segunda, los costes esperados del cambio de papel internacional – las sanciones impuestas por aquellos con los que se interactuó con papeles anteriores – no pueden ser mayores que las recompensas” (Wendt, 2005, p. 28). Japón tenía suficientes razones para emprender este cambio y la dicotomía del costo-beneficio tendía a ofrecer más beneficios que costos, si bien denotaba un marco en el que se empezaba a esbozar independencia con Estados Unidos, su alianza en seguridad permanecería y de cierta manera, el rol que manifestaban recíprocamente no variaría, Japón seguiría siendo una extensión estadounidense en Asia Oriental, mientras Estados Unidos seguiría proyectando su paraguas de seguridad en el archipiélago, el cambio de su agenda no fluctuaría y de cierta manera, su identidad con Estados Unidos, tampoco. Esta razón impulsaba el proceso de autorreflexión que incidiría en la práctica diseñada para transformar la identidad y así “cambiar los juegos en los que estaban implicados” (Wendt, 2005, p. 28). Sin embargo, las identidades antiguas, sostenidas por sistemas de interacción con otros actores continúan siendo un hecho social para el agente transformador; este ambiente expresa que, al alterar la identidad en este sistema competitivo, los agentes que se encuentren dentro del mismo cambiarán de acuerdo con ese renovado compendio de intereses que, en este caso, tenga Japón. Por lo tanto, si la intención japonesa atiende a la edición del artículo 9 de sus Constitución, hablaríamos de la construcción de una identidad que enfrentaría nuevos dilemas de seguridad, la tensión iría en aumento, pero de la misma manera, la nación nipona dejará de percibirse como un actor indefenso, no solo en el vecindario sino en todo el Sistema Internacional.

- **EL JUEGO DEL DOBLE TABLERO EN POLÍTICA EXTERIOR**

La política internacional puede concebirse útilmente como un juego de dos niveles. A nivel nacional, los grupos nacionales persiguen sus intereses presionando al gobierno para que adopte políticas favorables, y los políticos buscan el poder mediante la construcción de coaliciones entre esos grupos. A nivel internacional, los gobiernos nacionales buscan maximizar su propia capacidad para satisfacer las presiones internas, mientras minimizan las

consecuencias adversas de los acontecimientos extranjeros (Putnam, 1998, p. 434). Esta lógica obedece a la dinámica que Japón le ha venido dando a su política exterior culminada la Segunda Guerra Mundial, el paso del tiempo ha construido un entramado doméstico demasiado fuerte que se esboza como punto determinante en la toma de decisiones del país en la arena internacional.

En esta metáfora del doble tablero, expuesta por Robert Putnam en su '*Diplomacy and domestic politics: the logic of two-level games*', el denominado Nivel II o el que refiere al aspecto interno, destaca por su relevancia en el Nivel I – lo que refiere al ámbito internacional –. Las negociaciones parten del Nivel II y desde esta plataforma se promueve el visto bueno para forjar una posición inicial en algún tipo de negociación en el Nivel I; la trascendencia que implica la esfera endógena en el espectro internacional destaca por su necesario aval para llevar a cabo la mayoría de toma de decisiones.

Como señala Putnam (1998) la política doméstica es un particular compuesto por instituciones, burocracia, empresas y en general colectivos que puedan ejercer lobby, este Nivel II es un espacio que permite evaluar y anticipar la posibilidad de acuerdo en el espectro internacional debido a la relación de homogeneidad en sus intereses que, en el caso japonés, denota una sinergia bastante amplia en la que el Partido Liberal Democrático (PLD) se compone como un agente transversal en este Nivel II. La homogeneidad de estos intereses se remite a la activa participación de este partido en las demás entidades y la enorme cantidad de constituyentes que usualmente suele tener, por lo que un principio de conflictividad entre estos grupos de poder es atípico y el agente negociador del Nivel I comparece en las tomas de decisiones con claridad en los intereses que debería defender.

De la misma manera, el *win-set* – uno de los elementos esenciales para determinar la efectucción de alguna toma de decisión que Putnam señala como una característica especial del Nivel II – inserta otro aspecto que confiere poder a esta área del doble tablero y que en el caso japonés, en palabras de Putnam (1998) busca el consenso interno más amplio antes de actuar, otorgando así el *win-set* de este país, que también se ve reforzado por la amplia disciplina dentro del partido del gobierno – el PLD – que viene siendo hegemón y ha

estipulado un comportamiento que es susceptible a ampliar el *win-set*, proyectando así confianza en el Nivel I y su agente negociador.

El primer ministro es quien toma las riendas de este Nivel I – en el caso japonés – y tiene como objetivo mejorar su posición en el juego del Nivel II, esto significa conseguir beneficios que supongan un aumento de recursos políticos o al menos minimización de pérdidas potenciales a partir de su ejercicio en las tomas de decisiones, el fin de conseguir popularidad se contempla como un objetivo latente, por eso el éxito de un acuerdo internacional o la radicación de temas que se crean pertinentes para el país constituyen gratificación política (Putnam, 1998, p. 457). Asimismo, es necesario rescatar que el protagonista del Nivel I – el agente negociador – efectúa acciones que apunten a cambiar equilibrio de poder en el Nivel II a favor de políticas domésticas que este podría preferir por razones exógenas; “las negociaciones internacionales a veces permiten a los líderes de gobierno hacer lo que ellos desean, sin embargo, en la arena doméstica no poseen el mismo poder” (Putnam, 1998, p. 457), por eso la articulación de estas dos esferas se vuelven necesarias, el consenso de intereses en este doble tablero permitiría una mayor satisfacción para el país, esto en palabras de Putnam (1998) sería la persecución de su propia concepción del interés nacional en el contexto internacional (p. 457).

La primacía en el cálculo interno es una necesidad en Japón ante escenarios de toma de decisiones, no solo por la naturaleza doméstica del país, sino porque el agente del Nivel I – el primer ministro – depende de su posición en el Nivel II, a esto se le suma que si hay un *win-set* que beneficie el Nivel II, el jefe negociador no puede incidir en contra del posible acuerdo. Putnam (1998) también señala que razones para acceder o no a un acuerdo internacional es la amenaza a los intereses de la coalición política que respalda al agente negociador, puesto que significa una amenaza a la inversión de su posición política, por lo que si ve obligado a construir una coalición de tinte político diferente será reacio a ratificarlo; no obstante, Japón no es sujeto de esta dinámica debido al poderío del PLD y su costumbre de investir primeros ministros, la alineación que ostentan hace más fácil identificar intereses y sentar las condiciones para la toma de decisión. (Lindgren, 2015)

- EL POPULISMO EN JAPÓN A PARTIR DE JUNICHIRO KOIZUMI

Es indiscutible que la llegada de Junichiro Koizumi como primer ministro en Japón tuvo un profundo impacto en los patrones políticos japoneses habituales desde la Posguerra. Según Uchiyama (2015) el particular estilo político de Koizumi infundió la impresión de que él representaba el 'bien' y las fuerzas de resistencia o la oposición 'el mal' (p. 126). Un comportamiento que obedecía al sello distintivo de los populistas, afirmar que ellos y solo ellos representan a los ciudadanos, negando la legitimidad del resto de contendientes para poder llegar al poder y enfatizando que los ciudadanos que no los apoyan son gente que aún duda (Muller, 2018). Esta definición de populismo, señalada por el investigador y teórico Jan Muller, generaba una claridad meridiana a lo que estaba sucediendo en Japón con la investidura de Koizumi, su apreciación alrededor de este fenómeno se estipula como clave dentro de la presente memoria, debido a que, como señalaría Lindgren (2015) “el uso de este concepto ha aportado en nuestro entendimiento de las políticas japonesas” (p. 575).

El estilo político de Koizumi era uno de los aspectos que más llamaban su atención, Otake Hideo – uno de los investigadores que mayor contribución ha dado al estudio del populismo japonés – clasificaría este ítem como algo ‘teatral’ y acuñaría así el concepto del estilo populista de Koizumi. La dicotomía que asumía entre la ‘gente del común’ – donde el claramente estaba ubicado – y la élite – refiriéndose los políticos del *zoku* y la facción de Hashimoto – lo llevaría a compartir, en varios sentidos, la apreciación de populismo por parte de Muller. Dentro de los rasgos que ambos teóricos destacaban en el desarrollo populista de Koizumi, encontraban la “implícita reivindicación al monopolio moral de la representación del supuesto “pueblo real”, que conduce inevitablemente a políticas identitarias excluyentes” (Muller, 2018, p. 3), una característica que se aprovechaba con la explotación de los medios masivos, precisamente, para proyectar su estilo ‘teatral’, interpretando además lo que verdaderamente preocupa a los ciudadanos.

La incidencia del populismo en Japón también revelaría que allí empezaba a cimentarse un gobierno autoritario a través de la consecución de mayorías suficientemente grandes. Sus propuestas neoliberales generaban incentivos bastante grandes hacia facciones



del PLD cansadas del poco beneficio de sus políticas, la alternativa que suponía Koizumi con su paquete neoliberal le supuso un apoyo inminente en el partido político más importante de Japón que se complementaría con los votantes ‘flotantes’. Cuando los populistas consiguen mayorías suficientes, intentan construir regímenes que parezcan democracias perfectamente diseñadas para perpetuar su poder (como los supuestos únicos representantes moralmente legítimos del pueblo real), la transformación de leyes con propósitos de acrecentar su poder, junto con la captación de medios de comunicación que tergiversaran los verdaderos intereses de la nación en línea con el líder populista, conformaban el escenario ideal para ocupar y colonizar abiertamente las estructuras del Estado (Muller, 2018). Koizumi daba evidencia de todas estas señales que se plasmaban en cambios estructurales a nivel institucional, la figura electoral y la administrativa fueron las más manipuladas a través de la creación de instituciones que, en palabras de Uchiyama (2015) proporcionaban a Koizumi una influencia considerable en la toma de decisiones del país (p. 127). Koizumi representaba el mayor desafío al *status quo* político de Japón, un escenario que se presentaba como inédito debido a la sinergia del perfil que proyectaba y el poderoso cargo que poseía.

En suma, el aterrizaje conceptual de Muller y Otake destaca la importancia del populismo en la política japonesa, las dinámicas que propone este fenómeno en Japón han incidido de manera amplia en el desarrollo político al que estaba acostumbrado el país tras su rendición en la Segunda Guerra Mundial. La incidencia discursiva anti-elitista, la monopolización de medios de comunicación, los cambios en el entramado institucional, así como la manipulación popular que legitimaba su proceder político, creó un ambiente de supremacía que incidía de amplia manera en la toma de decisiones del país, un ejercicio que no era exclusivo en la esfera interna del país, por lo que planteaba varias dudas en cómo el populismo de Koizumi iba a proceder en la política exterior, un asunto bastante delicado que podría llegar a transformar la identidad del país.

#### **IV. CAPÍTULO I: LAS TRANSFORMACIONES DE IDENTIDAD JAPONESA PROYECTADAS EN SU POLÍTICA EXTERIOR: UNA CONTEXTUALIZACIÓN DEL JAPÓN DE POSGUERRA**

Es indiscutible la transformación de la que fue sujeto Japón posterior a la culminación de la Segunda Guerra Mundial, la transición a la que se vio abocado – de potencia imperialista a nación sometida – significó el evidente cambio de su identidad; Wendt (2005) aclara que tanto las personas como los estados tienen múltiples identidades de acuerdo al rol que manifiestan en un escenario determinado, los estados pueden pasar de “soberanos” a “líderes mundiales” así como por “potencias imperiales” (p.8). El grado de compromiso con cada una de las identidades particulares y la relevancia de cada una de ellas varía, como le sucede no solo a Japón sino a todos los agentes en el Sistema Internacional; “cada identidad es una definición inherentemente social del actor basada en las teorías que los actores mantienen colectivamente sobre ellos mismos, y cada uno sobre los demás que constituyen la estructura del mundo social” (Wendt, 2005, p.8). Lo anterior infiere a que hay una identidad de carácter intersubjetivo que alude a la imposición del rol de los actores que conforman el Sistema Internacional, y otra de autopercepción, alineada al papel que cree debe jugar el estado dentro de la atmósfera mundial.

El caso concreto de Japón ha atravesado por muchos roles, el proceso denominado Restauración Meiji (1866) generó la apertura al mundo del país tras siglos de aislamiento, un evento que configuraría más tarde el desarrollo imperialista de Japón, sus victorias contra China, Rusia y su destacado accionar en la Primera Guerra Mundial sustentaría el papel de potencia mundial en el Sistema Internacional. Esta percepción construiría el pliego de intereses que trataría de proyectar en la coyuntura mundial, como señala Wendt (2005) “las identidades son las bases de los intereses, y estos mutan de acuerdo a la circunstancia en la que se encuentren” (p. 8), es por eso que la construcción de agendas responde a una necesidad de momento, de acuerdo a las necesidades de coyuntura por lo que estas hojas de ruta traen consigo una fecha de expiración. Para complementar, Foote (1951) apunta a que esta dinámica en términos de motivación “refiriéndose al grado en el que un agente, como participante en el proceso social en el que se encuentra necesariamente inmerso, define una

situación problemática en la que se requiere su actuación, y anticipa, mejor o peor, los objetivos y consecuencias, y según esto su organismo libera la energía necesaria para llevarla a cabo” (Wendt, 2005, p. 8). La motivación japonesa posterior a la Restauración Meiji tuvo claras intenciones colonialistas e imperiales; no obstante, tras el instrumento de rendición al que se acogió tras su derrota en la Segunda Guerra Mundial, el país se vio abocado a la construcción de un nuevo marco de intereses – fomentado por la novedosa coyuntura en la que se ubicaba – que moldearía una nueva motivación y permearía su identidad.

Japón, en el último tiempo – refiriéndome al periodo de Posguerra – ha sido protagonista de grandes impactos que han resultado en la transformación de la identidad de la nación. El desenlace de la Segunda Guerra Mundial obligó a terminar su ciclo imperialista y adaptarse al mandato de los Estados Unidos, una circunstancia que engendraría nuevos intereses direccionadas a la recuperación del país tras las secuelas del conflicto, objetivos que lo llevarían a ubicar como una de las economías más fuertes en el mundo y que le daría paso para calar de nuevo en el espectro internacional. La ausencia presupuestaría en el rubro de seguridad y defensa – ítem asumido por Estados Unidos – dispuso un escenario perfecto para este acelerado desarrollo económico.

El escenario que se configuraba respondía a un cambio en la concepción de seguridad que llegaría a adoptar Japón en función de cómo se identificaba con el otro, afianzando un sistema de seguridad y defensa que respondía a características de tinte cooperativo, “en el que los estados se identifican positivamente entre ellos y la seguridad se percibe como una responsabilidad colectiva” (Wendt, 2005, p. 10). Tanto Japón como Estados Unidos proyectaban este sistema de seguridad particular, que destacaba además porque su aplicación era exclusivamente bilateral y estaba enfocada en “reestructurar esfuerzos para hacer avanzar objetivos propios, según normas compartidas, y no según el nivel de poder relativo”(Wendt, 2005, p. 10). Claro está que la cimentación de este escenario respondía al establecimiento de condiciones que Japón se veía obligado a cumplir tras aceptar cada uno de los puntos de la Declaración de Postdam <sup>3</sup>, adoptar el parlamentarismo constitucional, cambiar su

---

<sup>3</sup> También conocida como la Proclamación que define los términos para la rendición japonesa, fue la proclamación que trataba los términos y condiciones de la rendición del Imperio del Japón en la Segunda Guerra

Constitución inculcando en esta el pacifismo como la base de su sistema, renunciar a la resolución de controversias internacionales a través del uso de la fuerza – consagrado en el artículo 9 de su Carta Magna –, supuso la entrega de su soberanía a las fuerzas de ocupación en cabeza del comandante supremo de las Fuerzas Aliadas y general estadounidense Douglas MacArthur; esto consolidó la caducidad del papel que venía desarrollando el Imperio de Japón, desentendiéndose de la participación política mundial, mientras que Estados Unidos se encargaba de llevar las riendas, por lo menos hasta 1952, con la celebración del Tratado de Paz de San Francisco.

Lo anterior conformó este sistema de seguridad cooperativo entre estas naciones y supondría una dependencia que afectaría en todos los ámbitos a la sociedad japonesa, desde su política interna, pasando por la economía, hasta su política exterior (Vidal, 2010, p. 90). Una situación que apuntalaba el panorama que fraguó el cambio de identidad japonesa a partir de la construcción de renovados intereses con propósitos de resurgimiento, establecidos por la coyuntura en la que se encontraba inmerso.

Sin embargo, era cuestión de tiempo para que el Sistema Internacional cambiara de manera drástica, las secuelas de la Segunda Guerra Mundial produjeron una polarización entre Estados Unidos y la URSS que llevarían al cambio de rol japonés ante la necesidad estadounidense en la región. El cambio en el panorama representaba la necesidad de una adquisición de identidad diferente, que en palabras de Wendt (2005) sería una que “actuara bajo expectativas e interpretaciones del yo relativamente estable y acordes con su papel, pero también en su participación de los significados colectivos, es decir, adhiriéndose al papel en el que se requiera desempeñar” (p. 8).

El primer gran síntoma para Japón de la Guerra Fría sería La Guerra de Corea (1950-1953), un escenario en el que iniciaba un proceso de transformación en la identidad, que llegaría a convertir en enclave al archipiélago y generaría varios estímulos en aspectos económicos y de política exterior que lo posicionarían. La relevancia japonesa durante el

---

Mundial, en la que definían, ante una posible negativa japonesa a la rendición, la destrucción total del archipiélago. Ver: “Milestones: 1937-1945 / The Potsdam Conference, 1945”. United States Department of State, Office of the Historian.

desarrollo de esta contienda bipolar sería, en palabras de Vidal (2010) “ de un aliado de alto valor geopolítico” (p. 91).

El transcurso de la Guerra Fría anticipó la necesidad de un cuerpo de defensa que se encargara de la protección de la nación ante la posición amenazante de las naciones comunistas colindantes, el error de cálculo, como lo determinó Nixon – refiriéndose a la orden de desmilitarización reflejada en la nueva Constitución – inició un gran debate en el seno del gobierno japonés que radicaba en la interpretación de la Carta de las Naciones Unidas, un sector que defendía el derecho a la autodefensa, mientras otros lo creían inconstitucional (Vidal, 2010 p. 91). Paralelamente a este choque de ideales, se concretaría la firma del Tratado de Seguridad entre Estados Unidos y Japón, un convenio que acordaría el traspaso y compromiso de la seguridad de Japón a Estados Unidos (Vidal, 2010, p. 15). Estos eventos exponían la necesidad de una política que llevara a cabo los lineamientos que se daban en esa coyuntura con el objetivo, además, de convertirse en nación comercial. La Doctrina Yoshida sería ese elemento articulador que enmarcaría y condensaría la aglutinación de estas características que los llevaría al éxito económico, sin desentenderse por completo del aspecto armado. La previsión del primer ministro Shigeru Yoshida ayudaría a la espectacular recuperación económica del país, aunque con la constante inquietud del particular armado. Esta situación, señala Vidal en Tsuchiyama (2007) iniciaría la “reconstrucción del artículo 9”, un asunto que aún persiste y recrea esa imperiosa necesidad de tener una institución de defensa que responda a las intenciones amenazantes del Sistema Internacional. La idea de un cuerpo militar también respondía a la identidad arrebatada tras la clausura de la Segunda Guerra Mundial, esa que consolidó una superpotencia en su etapa imperial y precisamente se caracterizó por su entregada milicia. Continuos debates en los gabinetes de los diferentes gobiernos tras la Segunda Guerra Mundial alrededor del artículo 9, demuestran su vigencia e importancia, tanta, que incluso hoy cala de una manera ardua en la agenda del actual primer ministro japonés, Shinzo Abe.

Este panorama determinó el conflicto, de cierta manera, de la intersubjetividad que Japón ha expuesto alrededor de su identidad y la construcción de sus intereses – de su auto percepción y el rol en su significado colectivo –, en otras palabras, de su rearme y su

necesidad de recuperación económica. A pesar de esto, Japón demostró saber integrar estos aspectos que responderían a su máximo interés en estas circunstancias, aquel que buscaba el bienestar y la prosperidad de la nación, por eso determinaron – dentro del pacifismo de Shigeru Yoshida – los principios que cimentarían su hoja de ruta y que sería estipulada por la doctrina que llevaría su nombre. Entre los puntos que se concertaron fueron la separación de la esfera económica y política, clave para el resurgimiento económico de la nación sin la interferencia del espectro político (Vidal, 2010, p. 92). Asimismo, el fortalecimiento en dinámicas de cooperación con Occidente y la alianza militar estadounidense, puntos que se consideraban variables indispensables para seguir avanzando. Lo anterior, sentaría las bases de la identidad de Japón durante el transcurso de la Guerra fría.

Posterior al proceso de ocupación de las Fuerzas Aliadas en Japón se empezó a construir una nueva directriz que apuntaba a la reducción de la intromisión norteamericana, la necesidad de independencia por parte del archipiélago era un asunto que imperaba y que encabezaría el entonces primer ministro Hatoyama Ichiro (1954-1956), la búsqueda de plena soberanía llevaría a la revisión con pinzas del Tratado de Seguridad con Estados Unidos, un proceso que empezaba a denotar fortaleza con hechos como la reanudación de relaciones de Japón con la URSS. La normalización en la interacción con la comunidad internacional empezaba a ser tangible y daba pasos agigantados para materializar los intereses planteados en su agenda, Japón empezaba a confeccionar propósitos que tenía implícitos tras su rendición pero que no podían salir aún a flote debido a las condiciones de sometimiento que aquejaba. Los puntos que tuvieron cambios ostensibles estuvieron al mando del gobierno de Kishi Nobusuke (1957-1960) que lograría alcanzar el “Tratado de Cooperación Mutua y de Seguridad”, el Tratado vinculó jurídicamente a Estados Unidos para mantener la seguridad del archipiélago y lo obligaría a una consulta previa antes de desplegar acciones de defensa (Vidal, 2010, p. 94). En síntesis, la renovación del Tratado resultó en el añorado cambio de asimetría, Japón pasaría a igualar condiciones en la relación, que inclusive llegarían a percibirse como de *free-rider*, debido al aprovechamiento que implicaba esta nueva relación. No obstante, ante la crítica, Japón respondía que su accionar representaba el compromiso con su Constitución, en especial con el artículo 9. El escenario que enfrentaba Japón era

ciertamente alentador a pesar de las numerosas críticas, la independencia que lograría suscitar en el ámbito político acompañado de la aún vigorosa Doctrina Yoshida compuso una potencia que emprendía cooperación con Occidente, pero manteniendo su naturaleza asiática, y que avizoraba el repunte de su importancia en el mundo.

No obstante, tras un periodo poco reaccionario en el Sistema Internacional, las eventualidades que supusieron la crisis de los misiles (1962) y el recrudecimiento de la guerra en Vietnam (1969) componían acontecimientos amenazantes para Japón, el protagonismo estadounidense en la Guerra Fría – decisivo en todo lo relacionado con la contención del avance comunista – podría implicar un lógica de *entrapment* consecuencia de la alianza de seguridad que mantenían ambos Estados; Japón – ante la circunstancia – justificaba su escasa incidencia en el conflicto haciendo especial mención a su Carta Magna, en específico al artículo 9, en el que el desarrollo de su marco de acciones tenía una evidente tendencia a una lógica de *bandwagoning*<sup>4</sup>.

Delegar toda la seguridad a Estados Unidos permitía aunar esfuerzos en el componente económico del país, la llegada de Ikeda Hayato (1960-1964) sería importante debido a su ideología de evasión de cualquier controversia en el tema de seguridad, “logros como mantener un crecimiento del 7% posibilitó décadas de crecimiento económico, de niveles de vida elevados (Pyle, 2007), y de estabilidad social” (Vidal, 2010, p. 97). La agenda de Japón resultaba pragmática y bastante efectiva ya que empezaba a calar como potencia económica mundial. Saber lidiar con sanciones asociadas al libre comercio al vincularse con el Acuerdo general de Tarifas y Aranceles – conocido por sus siglas GATT en inglés – y llevar a cabo los Juegos Olímpicos de Tokyo en 1964 – tras tan solo dos décadas de la destrucción que fue víctima – constatarían esta noción (Vidal, 2010, p. 98).

A pesar del constante y efectivo desarrollo que contraía Japón, este se encontraba en una constante “evolución de la cooperación” un fenómeno que, como apunta Wendt (2005), conlleva necesariamente la transformación de identidad e intereses, “es un proceso que

---

<sup>4</sup> Bandwagoning se define en la mención de Koga (2018) como "alineación con la fuente del peligro" para obtener beneficios y garantizar la seguridad a expensas de la autonomía y las oportunidades de cooperar con otros poderes (citado en Walt, 1987, p. 17; Schweller, 1994, 88-99 )

normalmente es restringido ya que su modificación lleva a las partes a reflexiones substanciales alrededor de su modificación y pasan por establecerse a través de la formulación de políticas” (p. 27), los objetivos de los actores son la ganancia conjunta, un resultado que tanto Japón como Estados Unidos estaban teniendo en un contexto en el que predominaba la polarización del mundo. Sin embargo, la identificación positiva que contrae la cooperación no prevalecía por parte de Japón hacia Estados Unidos, en términos de seguridad el país nipón sentía desconfianza que se proyectaba en vulnerabilidad por la línea de cooperación que tenían, un panorama que respondía a la fuerte injerencia estadounidense en el archipiélago.

Abrir una posibilidad en esa figura de cambio de identidad se esbozaba compleja por la necesidad que Japón aún tenía hacia Estados Unidos, aquí Alexander Wendt (2005) propone la distinción social entre la determinación social del yo y la determinación personal de la elección, lo que George Mead denominó el “me” y el yo”. El “me” es esa parte de la subjetividad que es definida en función de los otros; el carácter y expectativas conductuales del papel identitario de una persona como “profesor”, como “líder de la alianza” en el caso estadounidense o de Japón como “potencia en ascenso”, roles que se deben a construcciones sociales. Pero los papeles no se representan de forma mecánica según guiones precisos, sino que se “aceptan” y se adaptan según la idiosincrasia de cada actor. Incluso en las situaciones en las que el margen de actuación es menor, la representación del papel implica alguna elección por parte del actor. El “yo” es la parte de la subjetividad donde se sitúa esta apropiación y reacción ante los papeles y su correspondiente libertad existencial. Es precisamente el “yo” el que decide si acepta ese rol, pues los actores siempre tendrán la capacidad de planificar el personaje, de consolidar el “me” (Mead, 1934, P. 92).

Japón se dio cuenta de esto y respondió a su interés para consolidar su nueva identidad. La elección excepcional y consciente de transformar o de superar papeles necesita, al menos, dos precondiciones según Wendt (2005): “Primera, tiene que haber una razón para pensar sobre uno mismo en nuevos términos; segunda, los costes esperados del cambio de papel internacional – las sanciones impuestas por aquellos con los que se interactuó con papeles anteriores – no pueden ser mayores que las recompensas (p. 28). Japón trata de transformar



su identidad por el simple hecho de querer mayor independencia, ser dueño de su soberanía – reflejado en el reclamo de Okinawa –, evitar la posibilidad de riesgo de *abandonment* o *entrapment* en su seguridad, además de afianzar su condición de potencia económica a nivel mundial. En la balanza esta posibilidad de cambio en la identidad no se percibía como un exceso de costes, si bien implicaba el recorte de compromisos por parte de Estados Unidos a la seguridad regional en forma de *Burden Sharing* – proyectada en decisiones de gobierno como la Doctrina Guam – o la necesidad de poner cláusulas que obliguen a la reducción del gasto de defensa a solo un 1% del PIB en los gobiernos subsecuentes para asegurar el marco de seguridad en el que iban a maniobrar. Estos efectos no se sobrepondrían a, en efecto, la consolidación de una mayor independencia frente a Estados Unidos y su evolución en el éxito económico, que llegaría a consolidar el modelo japonés a escala global con especial énfasis en la zona del sureste asiático, el proceso Flying Geese (FG) o gansos voladores, efectuaría un ciclo virtuoso a partir de la internacionalización de las multinacionales asiáticas, en particular las japonesas, con la proyección de generar aportes en el desarrollo industrial de estos países. El archipiélago empezaba así a mostrar la transformación de su identidad e intereses, Wendt (2005) lo definiría como “un cambio en el juego en que estaba implicado” (p. 28).

La Doctrina Fukuda asentaría las bases de esta nueva realidad del país que enarbolaba los principios de una diplomacia que no contemplaba ser una potencia militar poderosa, pero sí establecería unas relaciones económicas y culturales basadas en la confianza y el respeto mutuo con todos los países del Sureste Asiático. En la práctica, esta declaración suponía aceptar y tolerar los diferentes regímenes políticos del entorno y concentrarse en asuntos económicos y comerciales sin intervenir directamente en la seguridad de la zona. Precisamente, la forma de influir en la seguridad regional sin utilizar la fuerza militar es lo que se conocería con el nombre de “seguridad comprehensiva” (Vidal, 2010, p. 100). El trabajo de los ministerios de Fukuda Takeo (1976-1978) y su sucesor Ohira Masayoshi trabajaban por asentar este nuevo principio a partir de cooperación no solamente entendida como una solución en términos militares, también a nivel de seguridad alimenticia, energética e interdependencia económica; Hoadley y Ruland (2006) señalan que alcanzar estos

objetivos era vital para anticiparse y tratar las amenazas a la seguridad del país en un contexto de contención bipolar.

La diplomacia que surgía de esta nueva doctrina convergía para garantizar nuevas estrategias económicas que aportaran en esta nueva idea de identidad y respondieran a esta renovación de intereses, la ayuda oficial al desarrollo, la inversión extranjera directa y la interdependencia económica en los países del Sureste Asiático eran reflejo de la mutación japonesa.

Dentro de toda esta trayectoria que tenía Japón es indiscutible la presencia China, una nación que repercute de gran manera al archipiélago, no solo por su proximidad sino también por la basta historia que los liga. La relación de estos países posterior a la Segunda Guerra Mundial se identificaba por una variedad de tintes que transitaban con cierta intermitencia entre fricción y armonía, lo anterior teniendo cuenta que ambos se estipulaban como contrapartes en un Sistema Internacional permeado por la polarización que contraía la Guerra Fría.

Japón, que representaba el bloque capitalista, contenía una visión hacia China de mercado natural; alineándose al cumplimiento de su agenda, Japón no discriminaba el orden comunista que imperaba en este país y se concentraba en el rédito que podría sacar del amplio mercado chino. La Doctrina Fukuda justificaba este comportamiento y generaba una relación comercial altamente beneficiosa para ambas partes. Sin embargo, el contraste que significaba el desarrollo del principio de separación de esferas política y económica japonés, con el de inseparabilidad chino, reduciría el lazo comercial.

El transcurso de su relación reflejaría periodos de bastante inestabilidad, las décadas de 1950 y 1960 estuvieron marcadas por decisiones que ambas naciones emprendieron con trascendencia internacional, según señala Togo (2005) las pruebas nucleares llevadas a cabo por China en 1964, el apoyo japonés a la guerra de Vietnam y el inicio de la Revolución Cultural Maoísta opacarían iniciativas como el memorando sobre acuerdos comerciales en 1962, acciones que contraerían mejoras en la relación. La escalada de tensiones siguió y llegó a un momento en el que Japón se atemorizaba por el progreso de la Revolución que llevaba

China, la isla de Taiwán se expondría como un escenario delicado por lo que alertar a Estados Unidos sería clave, “la amenaza del partido comunista”, como se denominaría, conduciría a una reacción que debilitaría aún más su interacción (Vidal, 2010, p. 102).

A lo anterior se le sumaría lo que se denominaría posteriormente como “el shock de Nixon” o la visita del presidente estadounidense Richard Nixon a China en 1971, un evento que supuso un gran impacto en Japón y que no ayudaba en el cambio de panorama que se venía dando con China. La sorpresa y el malestar que se llevaría tanto el país como el gobierno japonés respondía a la oportunidad del acercamiento estadounidense con China tras el choque ideológico con la URSS, un escenario que radicó en un cambio de proyección estadounidense en la región a través de la aplicación de una diplomacia triangular que indirectamente afectaba el equilibrio de poder que persistía en la región. Sin embargo, ante la consternación que generaría este evento en el archipiélago, Japón decidió mantenerse al margen debido a que, en palabras de Pyle (2007) “podría normalizar finalmente las relaciones diplomáticas sino-japonesas”.

La posteridad anticipaba un mejoramiento de las relaciones a pesar del sometimiento al que tendría que acceder Japón para ratificar estos cambios, iniciativas como “los tres principios de la normalización de las relaciones entre Japón y China” auspiciados por nuevas administraciones como la de Tanaka Kakuei (1972-1974) – sucesor de Sato – implicó acceder a complejas prerrogativas, como el abandono del Tratado de Taipei (1952) para poder reestablecer contacto con China que pudiera representar actividad comercial. Esto era señal del compromiso establecido en la agenda japonesa a través de la vigente Doctrina Fukuda, la materialización de estos principios, a los que se vio abocado a aceptar Japón, se vieron representados en el Tratado de Paz y Amistad entre Japón y la República Popular de China (1978), una figura que retomaría las relaciones diplomáticas y ayudaría en el robustecimiento de políticas de mayor compromiso que, precisamente, sería sujeto de esta ayuda oficial al desarrollo por medio de préstamos a un bajo coste. La dinámica que representaría esta inversión sería de dimensiones tan grandes que llegarían a estipularse tres principios de la ayuda oficial al desarrollo con China: cooperación con Estados Unidos, equilibrio de ayudas con el Sureste Asiático y bloqueo del presupuesto para temas militares (Vidal, 2010, p. 104),

Una sólida base que compondría la directriz que impulsaría una inversión extranjera directa en yenes sobredimensionada hacia China, que se hacía más fuerte con la llegada de Deng Xiaoping al poder y su idea de modernización.

La consolidación de este renovado vínculo condujo, en palabras de Vidal (2010) “ a romper definitivamente el hielo entre ambos países y empezar una nueva etapa de cooperación económica sin precedentes: China se convirtió desde 1979 en el principal receptor de la ayuda oficial al desarrollo y, a diferencia de la ayuda a otros países, Tokio negociaría la ayuda sobre la base de un período de años y no de proyectos anuales” (p. 105). La reciprocidad en las visitas presidenciales de Zhao Ziyang y Nakasone Yasuhiro llegó a percibirse entre la comunidad política como un periodo de bienestar mutuo – impulsado por la estrategia económica – que dejaba acceso de materia primas y mano de obra para Japón, mientras China sacaba provecho del superávit japonés a través de construcción de infraestructura.

A pesar de que en años siguientes se conformarían disgustos entre ambos países con la expedición de unos libros de texto por parte del Ministerio de Educación Japonés que maquillaban la invasión del Imperio de Japón en China o la resonada visita del primer ministro Nakasone Yasuhiro (1982-1987) al santuario sintoísta Yasukuni<sup>5</sup>, no serían eventos que alterarían de manera significativa su relación comercial, gestos diplomáticos fueron suficientes para alivianar la tensión y continuar con la inversión japonesa en forma de ayuda oficial al desarrollo, el encargado sería Takeshita Noboru, primer ministro entre 1987 y 1989, quien en su visita a Pekín anunciaba el mantenimiento de relaciones.

El vaivén en la interacción entre ambos países enfrentó una variedad de obstáculos a nivel político, clásico en una relación que atendía a una posición ideológica contraria – como la sino-japonesa –. Sin embargo, esta no representó graves afectaciones en el apartado económico, que al final condujo – tras la llegada de Xiaoping – a que el principio chino de inseparabilidad sucumbiría ante la división de esferas política y económica japonesa, una

---

<sup>5</sup> El santuario Yasukuni plantea polémica debido a que se expone como símbolo del Imperio del Japón (militarismo japonés), al que se le atribuyen múltiples crímenes de guerra. Para profundizar ver: Ijiri, Hidenori. “Sino-Japanese Controversies since the 1972 Diplomatic Normalization”. *China Quarterly* 124 (diciembre de 1990): 639-661.

decisión que respondería al beneficioso ejercicio recíproco en materia comercial entre estas partes.

Tras la normalización de las relaciones, llegaría el año 1989, un año que marcaría el inicio de un escenario que se tornaba inesperado para la comunidad internacional en el que también se veía involucrado Japón. ‘La masacre de Tiananmen’ perpetrada por el gobierno chino, compuso una condena generalizada a nivel mundial que se vería materializada con la imposición de sanciones económicas por parte de un grueso de países Occidentales, en el que Japón no sería la excepción. La recatada respuesta nipona, que obedecía al accionar colectivo del G-7, quedaría súbitamente abandonada al expresar su nula intención en aplicar medidas legales en contra de China, la decisión que tomaba el archipiélago acudía a la construcción identitaria que había desarrollado Japón en la Posguerra, esa que dejaba en claro su interés comercial sobre todas las cosas. Sin embargo, dentro de su justificación pública, Japón aludió al compromiso o *engagement*, como la solución para que China empezara a contemplar alternativas de orden democrático en su país, las sanciones, argumentaba Japón, no podrían generar este efecto en China (Vidal, 2010, p. 107). Esta demostración de conciliación por parte de Japón sería más tarde contemplada en la cumbre del G-7 en agosto de 1990 y aceptada por Estados Unidos que expresaba el deseo de normalizar relaciones, una arena que invitaba a retomar las líneas de crédito por parte de Japón hacia China. Este restablecimiento de relaciones conformó una solidez regional que sería proyectada con estabilidad en el Este Asiático.

Como hemos visto, Japón ha demostrado una enorme adaptabilidad a las circunstancias en las que se ha visto envuelto, su obligada transformación de identidad tras el fin de la Segunda Guerra Mundial conformó un rol que, en primera instancia, respondería únicamente a la participación en sus significados colectivos, en palabras de Wendt (2005) se adheriría a las expectativas e interpretaciones del papel que se está viendo obligado a desempeñar por los agentes del Sistema Internacional, en especial el de Estados Unidos. Sin embargo, la identidad empezaba a mutar con el tiempo en sintonía con el nacimiento de sus intereses, la Doctrina Yoshida, la subsecuente Doctrina Fukuda, los cambios en la alianza de seguridad con Estados Unidos y la relación con China, serían acciones que se proyectaban

en política exterior que denotaban, en palabras de Mead, su ratificación del “yo”, en el que el ámbito económico se sostenía como elemento transversal, mientras el de seguridad como una necesidad pendiente ante la volatilidad coyuntural.

**V.      CAPÍTULO II: LAS INCIDENCIAS DEL FIN DE LA GUERRA FRÍA  
(JAPÓN ANTE UN NUEVO ORDEN MUNDIAL) Y LA APLICACIÓN  
DE LA METÁFORA DEL DOBLE TABLERO EN LA POLÍTICA  
EXTERIOR JAPONESA.**

Paralelamente, el ocaso de la Guerra Fría se empezaba a contemplar, la política exterior japonesa que surgió culminada la Segunda Guerra Mundial – condicionada por Estados Unidos y su alianza de seguridad – permitió a Japón llevar una diplomacia mercantilista que propendería por relaciones económicas y comerciales con el resto de actores del sistema, una dinámica que aportaba a su interés pero que a la vez no lo destacaba en su faceta política. La nueva multipolaridad que dejaba el desmoronamiento de la URSS consolidaba un nuevo orden al que Japón debía adaptarse, posibilidades de *abandonment* por parte de Estados Unidos tras la caída de una de las amenazas más latentes – refiriéndonos a la Unión Soviética – anticipaban importantes complejidades para el archipiélago. La incertidumbre que denotaba la Posguerra Fría compuso un temor generalizado para el archipiélago. Sin embargo, el cambio de orden, contrario a mermar la alianza militar con Estados Unidos, terminó fortaleciendo su vínculo, estipulándola así, como una de las relaciones más prominentes en el prólogo de esta nueva etapa.

El acuerdo a nivel de seguridad y defensa impulsado a través de la Doctrina Fukuda, esa caracterizada por el principio de “seguridad comprehensiva” que contendría los tintes militaristas del ex primer ministro Miki Takeo con su “estrategia de defensa mínima”, se

mantendría tras los hechos relatados. El nuevo orden multipolar que se sobrepuso a la Guerra Fría pensaba que iba redirigir la posición de Japón frente a la dependencia estadounidense.

No obstante, la reemergencia en la correspondencia entre Washington-Tokyo, que no anticipaba señal de volatilidad, crearía un amplio descontento en sectores nacionalistas, sus críticas iban dirigidas a que se disminuyera la “presión externa estadounidense” con el propósito de una mayor independencia en la política exterior, ítem que se hacía necesario para responder a la creciente pasividad norteamericana frente a asuntos que se esgrimían de inmensa importancia para Japón. El rigor que representaba Corea del Norte con su constante amenaza nuclear, la crisis de Taiwán en 1996, la permanente incursión naval China en territorio japonés – siendo las islas Senkaku su objetivo de mayor atención – reflejaba una circunstancia que atendía a características de dilema de seguridad por parte de China ante su continua escalada en el presupuesto destinado al ejército. Lo anterior conformaría el marco de motivos que estimularían el reclamo de estos colectivos nacionalistas ante la evidente amenaza externa, una situación que empezaría a afectar la influencia nipona a través de su rol como gigante económico debido a las implicaciones en los aspectos de seguridad clásicos en los que se estaba viendo envuelto, ámbito que llamaba a replantear – de cierta manera– su agenda, que hasta al momento estaba volcada al tema económico.

La seguridad, un elemento pendiente en el Japón de Posguerra, con el tiempo se convertía en un mayor desafío, la reemergencia de China era uno de los componentes que incidía en una ampliación de intereses que Japón debía fijar para seguir compitiendo por un equilibrio de poder en la región ante el prominente avance e influencia estratégica china. Según señala Vidal en Green (2001) “estamos en una transición de la política exterior, del idealismo de la Posguerra a una más realista” (2010, p. 112). Ambas percepciones sitúan, si se quiere, una clase de realismo implícito en la política exterior japonesa que atiende a la coyuntura en la que se ve enfrascado, el giro realista japonés tras un idealismo pacifista en su política exterior manifiesta un nuevo interés asociado al rescate del protagonismo en la región, su activa participación en los diferentes foros de Asia Pacífico como ASEAN (Association of South East Asia Nations , en español Asociación de Naciones del Sureste Asiático), ARF (Foro Regional ASEAN), APEC (Asia-Pacific Economic Cooperation, en

español Foro de Cooperación Económica Asia Pacífico) o ASEM (Asia-Europe Meeting, en español Encuentro Asia-Europa), así lo han ido demostrando. Esta “apuesta asiática”, como la denomina Vidal (2010), choca con el interés estadounidense en la región debido la naturaleza exclusiva que exponen la mayoría de estos espacios, esta política de no injerencia representa una evolución respecto a la dependencia estadounidense, insistiendo en una renovada diplomacia con prioridad en la “asianización” de sus asuntos. “Ciertamente el volumen de intercambios comerciales de Japón cada vez está más concentrado en la zona del este y del sureste asiático. Pero también las principales amenazas de la seguridad internacional provienen de esta zona, por eso la “asianización” de la política exterior japonesa ya es no solamente un principio, sino una necesidad” (Vidal, 2010, pá.113).

Como se ha visto, China compone una enorme desconfianza dentro de los intereses japoneses, “la posición determinante de China alrededor de mantener intacta su integridad territorial y ejercer un rol regional y mundial según lo que considere correcto dentro del Sistema Internacional” (Drifte, 2003), supone un enorme desafío para Japón. De conformidad a la hoja de ruta que expone Pekín, Tokio responde con lo que más rédito le ha dado, su músculo económico, programas focalizados en ayuda oficial, IED o simple inversión, destacan como un método necesario para mantener una relación diplomática, mientras aumentan – de conformidad a la alianza con Estados Unidos – su poderío militar ante la latente amenaza que implica un vecino de las proporciones de China, un clásico dilema de seguridad al que Japón debe hacer frente. (Uchiyama, 2015)

Dentro del marco circunstancial que contemplaba la relación China como una prioridad dentro de la política exterior, Japón sumaba otro desafío en este ámbito, la invasión a Kuwait en 1990 supuso un elemento clave a destacar debido a las conclusiones que dejaría la intervención japonesa en este conflicto. La circunstancia reclamaba acciones concretas, el envío de tropas se hacía un particular necesario que demandaba la comunidad internacional – en especial Estados Unidos – que no encontraría respuesta por parte de Japón, trabas legislativas en la Dieta no permitían este tipo de acciones, así fuera en representación de la ONU, como se daba en este preciso conflicto. Al final, Japón pretendía solucionar este llamado con uno de los métodos con que más cómodo se ha sentido, la asistencia financiera,



expresada en este caso como la “diplomacia de talonario”. Sin embargo, Japón no contaba con que su método infalible fuera sujeto de una gran crítica internacional esta vez; el aporte de unos 13 mil millones de dólares para el conflicto impactó de manera intrascendente para la comunidad internacional, un hecho que se atenuaría por las declaraciones estadounidenses en la que categorizaba el aporte japonés de un clásico *free rider* en estas situaciones de crisis (Vidal, 2010, p. 115).

Las conclusiones que dejaba el aporte japonés en el marco de la Guerra del Golfo abrían un gran debate político, “el pobre papel que había desempeñado Japón en la guerra; y una constatación: que la Doctrina Yoshida había resultado totalmente inapropiada para el nuevo entorno internacional” (Vidal, 2010, p. 115) llevaría a preguntar en qué términos debe contribuir Japón a la estabilidad y el orden internacional. Este panorama era síntoma de que cambios profundos debían producirse para responder a lo que hemos resaltado en George Mead (1934) como el “me” o esa parte de la subjetividad que es definida en función de los otros, en otras palabras, las expectativas conductuales del papel identitario de, en este caso, el Estado japonés. El choque que suponía llevar a cabo las resoluciones de las Naciones Unidas en operaciones de paz con la Constitución japonesa, incidía en el activismo de los primeros ministros de la época – como Miyazawa Kiichi (1991-1993) – para fomentar un mayor soporte legal a través de proyectos de ley y consensos en la Dieta, una necesidad que suponía la reinterpretación de la Carta Magna – esencialmente del artículo 9 – para atender a los deberes exógenos, confirmando su firme compromiso con la preservación de la paz internacional. Tras varios intentos y constantes pugnas en el aparato bicameral parlamentario – causa de la ausencia de mayoría del PLD en ambas cámaras – se logró la aprobación de la Ley de Cooperación para las Operaciones de Mantenimiento de la Paz Internacional de la ONU en 1993; las implicaciones que generaba esta ley eran amplias y emprenderían un renovado camino que impulsaba una posible transición de identidad japonesa.

Una de las incidencias que lograba el desarrollo de esta flexibilidad política en Japón repercutiría en la alianza con Estados Unidos, el transcurso de la década de 1990 engendraba iniciativas que esclarecían y daban vigencia al Tratado de Seguridad con este país que además enfatizaba en la importancia de Japón en la política exterior estadounidense. El Nye

*Report*<sup>6</sup> sería uno de estas figuras que junto a la revisión y subsecuente redefinición bilateral del National Defense Program Outlook (NDPO), conseguiría hacerse con nuevas cláusulas entre ambos países – refiriéndome particularmente al NDPO – potencializando el concepto de “una fuerza de defensa estándar”, que en palabras de Vidal (2010) sería lo bastante ambiguo para permitir al gobierno japonés, o bien acrecentar, o bien disminuir sus Fuerzas de Autodefensa en función de sus intereses (p. 119). Ahora, en su redefinición, llegaría el concepto “alrededor”, una situación en la cual, considerando las restricciones constitucionales del país, los mecanismos de la ONU y los acuerdos de seguridad con Estados Unidos, Japón maniobrará en situaciones que afecten su paz y seguridad nacional. Este progreso – a pesar de las variadas restricciones – consolidaron nuevas iniciativas que permitían mayor independencia en el ámbito de seguridad y defensa por parte de Japón, la Declaración Conjunta entre Japón y Estados Unidos sobre la Alianza de Seguridad para el Siglo XXI (1996) sería la expresión que permitía al archipiélago ampliar su radio de actuación más allá de los límites definidos en la revisión del Tratado de Seguridad de 1960, siendo además lo suficientemente ambiguo para no destacar en posiciones beligerantes o que ocasionen dilemas de seguridad, esto permite prepararse contra un eventual ataque chino sin apuntar claramente que China represente una amenaza. Por lo anterior, “más que una reafirmación se trata de una redefinición de la alianza militar entre ambos” (Hughes, 2005, p. 105-134).

La década de 1990 llegaría como ese anhelado punto de ganancia conjunta que Japón anteriormente no percibía en la cooperación y lo llevaría a asegurar un escenario en el que pudiera responder ante las amenazas que pudieran surgir del Sistema Internacional, sobre todo las que suponían su vecindario (Vidal, 2010, p. 121). La “evolución de la cooperación” pasaba de tener escasos avances en el transcurso de la Guerra Fría, como el primer NDPO (1975) que establecía los principios de una política de defensa que incluyera una estructura militar ‘mínima’ ” (Hughes, 2005, p. 105-134), a la creación del Theatre Missile Defense

---

<sup>6</sup> También conocido como el East Asian Strategic Review, es un informe del año 1995 que confirma el Tratado de Seguridad con Japón, en el que rescata el rol determinante de Japón en la política exterior estadounidense en Asia, el documento también explicita la determinación de mantener la presencia estadounidense en el este asiático con más de 100 mil tropas, al menos durante otros veinte años.

(TMD), elemento integral de este repunte en la cooperación militar con Estados Unidos. Este sistema para detectar y destruir misiles atacantes aportaría a la amenaza latente norcoreana y china que, a pesar de los constantes reclamos a la creación de este sistema y sus posibles implicaciones en dilemas de seguridad, no sería motivo de obstrucción al consecuente respaldo recíproco que significaría en los ataques terroristas que abrirían el nuevo milenio.

EL 11 de septiembre de 2001 se inauguraría una arena que distaría mucho de lo que habría sido la Guerra del Golfo, como señalaría Lluç y Vidal (2010) “ni la estructura internacional, ni los actores nacionales y sus instituciones, ni la estrategia de seguridad eran las mismas en 2001 que en 1991” (p. 122). A esto, se le suma una enorme diferencia, el aporte japonés cambió radicalmente y empezaba a acoger una nueva idea de identidad, su experiencia de *free rider* en el entorno internacional empezaría a diezmar a través de su activa participación en el combate contra el terrorismo. La llegada de Junichiro Koizumi y Shinzo Abe como primeros ministros en Japón generarían un vuelco en el proceder de la política que hasta el momento se venía dando en el Japón de Posguerra, el tinte populista que exponían, junto a una cómoda mayoría parlamentaria que daba aval a su toma de decisiones, serían efectos que se empezaban a ver desde su investidura; la correspondencia ejercida por la Japón ante las necesidades que supuso el 11-S, se manifestarían en cambios institucionales y legales que precisamente responderían a la peticiones que estaban surgiendo en la coyuntura internacional.

Para desglosar este entramado de toma de decisión en la política exterior japonesa es necesario, como apunta Robert Putnam (1998), centrarse en teorías del "equilibrio general" que den cuenta simultáneamente de la interacción de factores nacionales e internacionales (p. 431). Las negociaciones que se efectúan en la esfera internacional pueden concebirse útilmente en un juego de dos niveles, “a nivel nacional, los grupos nacionales persiguen sus intereses presionando al gobierno para que adopte políticas favorables, y los políticos buscan el poder mediante la construcción de coaliciones entre esos grupos. A nivel internacional, los gobiernos nacionales buscan maximizar su propia capacidad para satisfacer las presiones internas, mientras minimizan las consecuencias adversas de los acontecimientos extranjeros” (Putnam, 1998, p. 434). Esta dinámica explica la figura trascendental del líder político, que

en este caso de estudio aludiría al Primer Ministro japonés, quien intenta comprender la complejidad de este juego que propone, por un lado de la mesa, el escenario internacional, compuesto por homólogos extranjeros, diplomáticos y otros asesores internacionales, mientras, por el otro lado – refiriéndonos al ámbito doméstico – se ubican partidos políticos, parlamentarios, portavoces de agencias nacionales, representantes de grupos de interés clave y los propios asesores políticos del líder. “La complejidad inusual de este juego de dos niveles es que los movimientos que son racionales para un jugador en un tablero pueden ser impolíticos para ese mismo jugador en el otro tablero” (Putnam, p. 434).

El caso japonés en materia de política exterior de Posguerra no es ajeno a la metáfora que expone Putnam, más aún cuando posee un cúmulo de agentes de orden interno que intervienen en la confección de esta, siendo acreedores, además, de un peso histórico en el poder del país. Tanto el PLD (Partido Liberal Democrático), como los grandes círculos empresariales y económicos del país, establecen una robusta focalización de poder que lidera el tablero doméstico en Japón, el complejo proceso de negociación que establecen estos colectivos pasa por una exposición de intereses de los diferentes agentes pertenecientes a este lado del tablero, que en palabras de Vidal (2010) “quedan simplemente acomodados para que al final el aparato burocrático termine por controlar el proceso, sacando provecho del conocimiento de los procedimientos y la jurisdicción operante en los diversos ministerios” (p. 46). A este espacio Putnam (1998) lo denomina el Nivel II y es clave para forjar una posición inicial en las negociaciones que se dan en el Nivel I, que corresponde al espectro internacional, “las expectativas de rechazo en el Nivel II pueden abortar las negociaciones en el Nivel I” (p. 436).

El sistema político predominante en Japón de Posguerra respondía a características de un pluralismo moderado debido a la competición por el poder de diferentes grupos en el particular interno del país, un modelo que más tarde se condensaría en el “triángulo de hierro<sup>7</sup>”, concretando así una figura compuesta – a través de sus vértices – por los agentes

---

<sup>7</sup> Concepto que describe la relación que existía popularizado por el politólogo Grant MCCONNELL para describir la relación que existía entre congresistas, burocracia y grupos de interés, especialmente los de la industria militar. En la actualidad este concepto se usa para describir estas relaciones especiales entre diferentes

burocráticos, empresariales y los oficialistas del PLD. Estos agentes influyentes en la confección de la agenda y la toma de decisiones, se tornaban imprescindibles por su influencia en la distribución de las ganancias conjuntas en la negociación internacional, Putnam (1998) remarcaría la importancia de esta configuración aludiendo a que el pequeño *win-set* que se pudiera congregarse en este espacio nacional podría ser una enorme ventaja de negociación en el ámbito internacional” (p. 440).

El cimiento político – como se mencionaba anteriormente – tiene a la cabeza el PLD, que, desde su creación en 1955, ha dominado la vida política del país, según señala Vidal (2010) esta influencia se ha dado a través de cuatro canales; el primero a través del Parlamento japonés, también denominado Dieta Nacional, que dentro de un gobierno parlamentarista da recepción a una mayor capacidad de toma de decisión (p. 47), su trascendencia en el particular legislativo es determinante en la configuración de la diplomacia japonesa. Sin embargo, la estructura bicameral que refleja la taxonomía del gobierno puede generar alguna resistencia reflejada en la oposición, un asunto que al final no es tan recurrente debido a la prominente hegemonía del partido.

Vidal (2010) diferencia los canales de influencia del PLD de la siguiente manera:

Las “tribus” o “familia”, dentro del PLD, se caracterizan por generar lobby en algún tema de interés en particular, por ejemplo, dentro de la política exterior del país, efectuar presión en posturas con otros países, la reforma del artículo 9 o un mayor desembolso para IED, deriva en más desencadenantes de presión que pueden llegar al ministerio de Finanzas con el propósito que desembolse presupuesto para alguno de los asuntos de interés. Similar a la “familia”, se conforma un colectivo denominado “ligas de parlamentarios” que tienen un interés especial en una relación bilateral clave en la diplomacia japonesa, como por ejemplo la Liga de las Relaciones con la República Popular de la China, la Liga de Relaciones con Taiwán o la Liga de Relaciones con Estados Unidos; lo anterior con el fin de que se proceda con alguno de estos países a partir del enfoque de estos colectivos. Por último, encontramos el

---

actores en la toma de decisión y ha tenido especial fortuna en el estudio del sistema político japonés. Ver: MCCONNELL, G., *Private Power and American Democracy*, Nueva York: Vintage Books, 1966.

Policy Affaires Research Council (PARC), un canal de influencia articulador de políticas públicas (p. 48).

Esta multiplicidad de órganos que hacen parte del PLD, moldean la política exterior y en general varios aspectos dentro los gobiernos japoneses, su gran capacidad de lobby los ubica como agentes determinantes en la toma de decisiones. Así como el PLD – y las diversas formas en las que opera –, el otro grupo que expone gran capacidad de influencia y de peso es la denominada burocracia japonesa. Este modelo burocrático se caracteriza por tres prácticas que cimientan su influencia dentro de la toma de decisión, el primero, el de las “redes humanas”, que radica en la experiencia de individuos en cargos dentro de estos bloques ministeriales, una circunstancia que los lleva a asociarse con actores implicados en la creación de políticas públicas, usualmente, como señalábamos, el colectivo que conforma la Dieta Nacional – que en su mayoría son agentes adscritos al PLD –. Por otro lado, “el descenso del cielo”, una práctica que corresponde a la transición de personal ubicado en el mundo de la administración pública al espectro privado, una dinámica que denota gran importancia para el círculo empresarial, no solo por la gran experiencia que representa el servicio público, también por la mejora que supone en la dirección de la compañía privada a través de sus consejos, “esto les permite ejercer una gran influencia en el mundo empresarial, pero también en el mundo político, puesto que han trabajado codo con codo con ellos durante años” (Vidal, 2010, p. 50). En última instancia está la influencia que ejercen los burócratas por medio de las conexiones existentes con los políticos, como señala Vidal en Stockwin (1999) en algunos estudios se ha calculado que una cuarta parte de los miembros de la Dieta Nacional habían sido anteriormente burócratas, una cifra realmente elevada si la comparamos con la de otros países. El Ministerio de Asuntos Exteriores (MOFA por sus siglas en inglés); el Ministerio de Economía, Comercio e Industria (METI por sus siglas en inglés); el Ministerio de Finanzas (MOF por sus siglas en inglés) y el Ministerio de Defensa, componen este bloque burocrático con enorme influencia en el desarrollo de la nación.

Tras haber repasado la esfera política y burocrática, es lógico ceñirnos ahora a uno de los campos más representativos de Japón y por lo tanto de mayor influencia. Los círculos económicos, actores que resaltan por ser pilares de la proyección que el Sistema Internacional

tiene de Japón, inciden de manera constante en la construcción y apoyo de planes que pueden ser determinantes en el accionar del plano mundial, la internacionalización de la economía es un factor que puede presionar al gobierno nacional, según Hook, Gilson, Hughes y Hobson (2001) estos círculos económicos negocian las condiciones de la inversión debido a la competencia entre Estados para atraer capital japonés (p. 55-57).

Por último, debemos rescatar el papel de los medios de comunicación, sobre todo los medios de prensa, que destacan por dividirse en dos grandes vertientes, la prensa tradicionalmente oficialista como el *Yomiuri Shinbun*, frente a otra de gran acogida, como el *Asahi Shinbun*, un diario más crítico al proceder del gobierno, por lo tanto, más antimilitarista y progresista. Usualmente en Japón se tiende a desarrollar un sistema en el que los medios obedecen a los intereses de alguna ideología política en particular o algún conglomerado empresarial, por lo que la independencia de la empresa queda usualmente vulnerada. Sin embargo, tras los resonados escándalos de corrupción por parte de miembros del PLD, hubo una transición, apuntada al decrecimiento de la fidelidad por parte de esta prensa, un ámbito que incidiría en la imagen del partido y del gobierno que, a pesar de no haber afectado radicalmente estas figuras, si ayudó a promover una perspectiva objetiva por parte de estos medios en el panorama internacional, influyendo en la formación de la opinión pública por medio de la amplificación de algún hecho en particular, como la amenaza norcoreana o la intromisión China. Asimismo, cabe destacar el papel de los *think tanks*, de bastante actividad en debates sobre política exterior que, aunque no influye de la misma manera que los anteriores agentes, poseen patrocinio ministerial y pueden ir creciendo para dar aportes más considerables a partir de una mayor autonomía.

Habiendo repasado los grupos de poder que operan en Japón, Putnam (1988) señala que “el tamaño del conjunto ganador depende de la distribución del poder, las preferencias y las posibles coaliciones entre los componentes del Nivel II” (p. 442), su apreciación manifiesta de lleno la importancia que representan estos grupos en el escenario internacional del país, por lo que la cobertura de sus intereses dan aval para proceder con toma de decisiones en el Nivel I, lo que lleva, en ocasiones, a no alcanzar negociaciones que lleven a posibles tratos positivos para la nación. Sin embargo, son casos atípicos, debido a que los

intereses se mantienen normalmente homogéneos, más aún en un país donde hay una aglutinación de poder en agentes que tienden un mismo campo ideológico – el conservador<sup>8</sup> – dentro de una multiplicidad de sectores.

La manifestación de intereses en el Nivel II, junto a las necesidades que implicara la coyuntura internacional, ubican en qué campo diplomático Japón va a operar, la proyección de intereses puede variar de un plano “conservador” a uno más “progresista” de acuerdo con la dinamicidad en las que se vean envueltas estas variables. La intermitencia japonesa alrededor de la línea ideológica responde en gran parte a estas características, si bien Japón atiende y proyecta los intereses domésticos compuestos por estos agentes domésticos en el Nivel I, también se ve enfrascado en atender la coyuntura internacional en la que se encuentre.

La confección de esta metáfora del doble tablero en gobiernos como el de Koizumi y Abe tendría una aplicación más efectiva, su tendencia populista los ubicaba como transformadores del Nivel II con objetivo de ser sujetos de una mayor recepción y sintonía en este lado del tablero, proyectando así y de mejor manera sus intereses en la toma de decisiones en el espectro internacional. Asimismo, su alineamiento partidista y respaldo de una gran facción en el PLD, se traducían en una mayoría parlamentaria durante sus administraciones que conformaría el escenario ideal para dar un cambio político a partir de toma de decisiones más polémicas, sin el rigor acostumbrado en una nación que busca actuar en el seno de la sociedad internacional con toda su plenitud, es decir, participando tanto económica como políticamente. Como señalaría Vidal (2010) “para Japón esta cuestión significa que el objetivo de su política exterior es convertirse en un “país normal” que pueda utilizar todas sus capacidades materiales, tanto las económicas como las políticas e incluso las militares” (p. 65).

Como observamos, Japón posee una estructura doméstica robusta que conforma – dentro de la teoría de Robert Putnam – el Nivel II, su incidencia dentro del desarrollo del país

---

<sup>8</sup> El Japón de Posguerra se caracterizó por el conflicto de dos corrientes ideológicas que se manifestaban en el campo internacional, la línea “conservadora” y la “progresista”. La primera de mayor dominancia debido a que ha representado, a grandes rasgos, el “triángulo de hierro”, con ideas que atendían a un estado más militarista e independiente; mientras que su contraparte – la progresista – se caracterizaba por su pacifismo sobre todas las cosas, que cuenta con apoyo de intelectuales y partidos afines a la izquierda.



en el periodo de Posguerra ha sido esencial para su resurgimiento a través de la consecución de intereses en materia económica y comercial. No obstante, relegar la importancia de la figura del Nivel I en el caso japonés sería un craso error, si bien el Primer Ministro estaba alineado a los intereses de esta esfera doméstica compuesta – como señalábamos – por coaliciones que contenían un amplio poder, no dejaba de lado su atención en responder a las necesidades que el Sistema Internacional exigía, una preocupación que llegaría a considerarse prioridad y que ante la volatilidad de los acontecimientos extranjeros – el cambio de orden mundial culminada la Guerra Fría – y la aparición del populismo en Japón, daría un giro importante en la dinámica que hasta el momento tenía el país, en la que el particular de seguridad y defensa sería protagonista.

## **VI. CAPÍTULO III: EL IMPACTO DEL POPULISMO EN JAPÓN: UNA MIRADA A LA ADMINISTRACIÓN DE JUNICHIRO KOIZUMI**

La llegada de Junichiro Koizumi como primer ministro de Japón en el año 2001 – tras hacerse con las elecciones de la presidencia del PLD – supuso un gran impacto dentro la política japonesa. La conformación de una plataforma política que atendía a “reformas en el gobierno, mercados y una explícita complacencia de reforma a las denominadas ‘políticas de siempre’” (Lindgren, 2015, p. 576), configuraría un escenario que fue capaz de arrebatarle la investidura al entonces primer ministro – y mayor candidato a quedarse con las elecciones – Hashimoto Ryutaro, un golpe que atendía a la naturaleza de oposición que traía este nuevo mandatario y a la respuesta popular de cambios en el país, característica que sería transversal en sus propuestas.

El desarrollo de Koizumi en su cargo representaba una idea que tendía a una aproximación populista, inclusive durante su carrera electoral su postura daba señales de acogerse a este fenómeno. La peculiaridad que generaba el populismo en Japón se asociaba a una idea innovadora que, a grandes rasgos, como señala Lindgren (2015) “trataba de legitimar iniciativas que reformaran el *status quo* del país” (p. 577) esto, en el caso japonés, implicaba un verdadero vuelco a la evolución tradicional política que había predominado desde la Posguerra.

La explicación de lo que supone este fenómeno es clave para entender que implicaba el populismo en la política japonesa. Si bien Koizumi caracterizaba un estilo que luchaba contra la élite política, no necesariamente significaba la adopción del populismo en su proceder político, como apuntaría Muller (2018) “no todos los que critiquen a las élites son populistas... Vigilar de cerca a las élites no deja de ser un compromiso democrático de la ciudadanía” (págs. 2-3). La postura de Muller daba señales a que la idea de populismo en Japón quizá simplemente obedecía a un ejercicio juicioso de cualquier agente político en pro de la sociedad. No obstante, Muller (2018) también aclararía que si esta crítica a las élites se reducía a ataques que personalizaban y moralizaban el conflicto político, estábamos delante de una dinámica clásica del populismo.

Koizumi cabía dentro de esta apreciación, si bien no en las mismas categorías que planteaba Muller, si imprimía una noción que se remitía la semántica populista de este teórico. Otake (2003) es clave en este punto y definiría el estilo político de Koizumi como ‘teatral’, proponiendo una dicotomía entre ‘personas ordinarias’ y la ‘elite’, el ‘bien’ y el ‘mal’ o el ‘amigo’ y el ‘enemigo’, en el que el líder político se adherirá al bando de las ‘personas ordinarias’ para así representar el papel de ‘héroe’ que combate al ‘enemigo’ (p. 118-119). A partir de este estilo, Koizumi exitosamente llegó a la mente del público con la impresión de que representaba el ‘bien’ y las fuerzas de la resistencia o todo aquel que fuera opositor a él, catalogado como el ‘mal’ (Uchiyama, 2015, p. 126).

Asimismo, el desarrollo de una lógica que ubicaba a los populistas japoneses como outsiders o agentes con pocas chances de hacerse con el poder, pretendía, en palabras de Otake (2003) reducir la política a un mero combate entre lo moralmente bueno y lo malo. Esto iba conformando una imagen que planteaba gran impacto dentro de la costumbre política japonesa, el contraste que suponía el populismo a lo políticamente establecido – el aparato profesional político y la burocracia en cierta medida – implicaba, como se mencionaba anteriormente, una respuesta al *status quo* operante. Aquí los medios de comunicación jugaban un papel importante, la apropiación por parte de los populistas de estos canales significaba contar con una forma de llegar a más gente con sus discursos anti-pluralistas, ítem que se consideraba bisagra. Muller (2018) aquí hace una mención especial señalando que

estos medios usualmente “otorgan a los populistas el monopolio de interpretar lo que verdaderamente debería preocupar a los ciudadanos” (p. 5).

El populismo de Koizumi – además de contar con las características anteriores – exponía una fuerte afiliación a las reformas de tipo neoliberal que supo aprovechar con la creciente desafección hacia el PLD por parte de colectivos que se sentían vulnerados por el partido. Su enorme influencia también lo llevaría a atraer una gran mayoría de votantes flotantes que, junto a cambios institucionales a partir de reformas electorales y administrativas, conformaban la estrategia que supo fomentar un ambiente político favorable, que además contaba con un amplio apoyo popular y poder institucional sobre el PLD y el gobierno (Uchiyama, 2015).

La desafección que atravesaba el PLD fue uno de los factores claves que determinaron el apoyo de un gran sector partidario a Koizumi, tras la inconformidad creciente de sectores que veían poco beneficioso el destino de las políticas redistributivas – focalizadas principalmente a grupos vulnerables como el agro, la construcción, las pequeñas y medianas empresas –, se empezaron a dar fisuras que irían creciendo hacia aquellos que apoyaran estas iniciativas de partido, una oportunidad perfecta que aprovecharía Koizumi para responder al inconformismo de los sectores afectados – en los que destacaban compañías competitivas y profesionales de cuello blanco –, un target perfecto para sacar rédito de sus reformas neoliberales.

A la ganancia electoral de una parte del PLD, se le sumaban también los votantes flotantes, un colectivo con pequeñas afiliaciones partidarias y constantes cambios de partido en cada elección. Estos votantes como señala Uchiyama (2015) “tienden a ser influenciados por los medios masivos, que en el momento poseían una amplia influencia de Koizumi, escenario que le significó un grueso de sufragantes que serían determinantes en las elecciones” (p. 127).

Entendiendo la configuración del alto apoyo popular, ahora es pertinente abordar de dónde provino su poder institucional, para eso es pertinente ceñirnos a un marco que obedece a las acciones impulsadas por Koizumi tras su triunfo, en el que las instituciones ejecutivas

tuvieron cambios con propósitos, precisamente, de incrementar el liderazgo del Primer Ministro. Mejoras en la Secretaría del Gabinete, así como la creación de una Oficina del Gabinete y un Consejo de Política Económica y Fiscal (CEFP por sus siglas en inglés), proporcionaron una influencia considerable sobre la toma de decisiones del país al Primer Ministro. A lo anterior se le sumaría el cambio electoral de la Cámara Baja, que pasaría a tener una representación más proporcional en los miembros de los distritos, una reforma que ya había tomado lugar en el año 1994 y que suponía una reducción de poder en el PLD (Uchiyama, 2015).

La aglutinación de estos factores confeccionaron un enorme poder que recaía en la figura de Junichiro Koizumi, poder que empezaba a verse reflejado en su toma de decisiones que, a pesar de tener una sostenida resistencia de partido, terminaban por llevarse a cabo. Los recortes sustanciales de presupuesto nacional, los procesos asociados a privatización de corporaciones cuasi-gubernamentales – que llegarían a tener incidencia en el sistema de seguridad social afectando los sistemas de pensión y salud –, el resonado caso de los servicios postales o las reformas a los sistemas financieros de gobiernos locales, compondrían iniciativas que atendían, en palabras de Muller (2018) a la verdad objetiva y última sobre la sociedad, un comportamiento clásico populista que obra a partir de su consideración de lo correcto, considerando cualquier tipo de réplica a su proceder como traición a la patria o colaboración a las élites corruptas, los populistas siempre encuentran la justificación moral adecuada que les permite ir con la cabeza muy alta y dormir con la conciencia tranquila (págs. 5-15).

La aplicación de medidas que generaban afectación en otros sectores de la sociedad, así como estrategias que respondían a la acumulación de poder – a partir de manipulación electoral y administrativa – suponían dinámicas de juego sucio que empezaría a adentrarse en uno de los casos más llamativos por el que pasó el gobierno de Koizumi, la privatización de los servicios postales fue uno de los proyectos de mayor oposición a los que tuvo que enfrentar el mandatario, un escenario al que respondería – a través de sus agobiantes poderes ministeriales – a convocar elecciones anticipadas en la Cámara Baja para que finalmente se diera una suficiencia en la coalición para poder aprobar la medida.

La explotación de su papel como líder del partido también denotaba grandes matices populistas, el impedimento a que políticos de oposición del PLD hicieran campaña como miembros del PLD, daría como resultado una división del panorama político entre pro y anti-reformistas, es decir, una elección a favor o en contra de la política del Primer Ministro. La conformación de esta arena se presentaba como inédita en Japón y se reducía, en palabras de Muller (2018) a la representación legítima del pueblo, protagonizada por Koizumi y su facción pro-reformista, mientras el resto quedaba excluido, por lo menos moralmente. (págs. 2-3).

El papel del populismo en Japón, como se observa, no era indiferente a la aplicación del fenómeno en otros hemisferios, al final constituía un daño a la cultura democrática del país (Muller, 2018, p. 2). Aterrizando las implicaciones endógenas de la llegada de Koizumi al poder, ahora veremos el asunto que se hace pertinente de revisión para esta tesis, el análisis de la posible incidencia de este fenómeno en la política exterior nipona. Como señalábamos en capítulos anteriores, la coyuntura mundial de Posguerra Fría consternaba a Japón por las nuevas responsabilidades que aquejaba, la increpación internacional al papel que jugó en la Guerra del Golfo y la consecuente necesidad de una “evolución en la cooperación” con Estados Unidos, engendraban señales que conflictuaban con la condición pacifista del país plasmada en su Constitución.

La inauguración del milenio con los ataques terroristas del 11-S imprimían un ánimo de incertidumbre en la manera como Japón pudiera proceder ante tal eventualidad, más aún cuando un líder populista contaba con el cargo ministerial más alto en Japón. Vidal (2010) señala bien que ya desde este escenario se empezaba a observar la incidencia de Koizumi en la política exterior del país, tanto cambios institucionales como legales empezarían a surgir para el combate del terrorismo transnacional a través de las iniciativas estadounidenses que se manifestaban, como por ejemplo la alianza ad hoc (*coalition of willing*) que posicionaría automáticamente a Japón dentro de la coalición multinacional liderada por Estados Unidos (p. 122).

Koizumi ante la circunstancia que suponía el 11-S enmarcó un ferviente compromiso con Estados Unidos que sería sujeto de respaldo legislativo, la aprobación de envíos de fuerza

naval al océano Índico con fines de asistencia logística en el conflicto del régimen de los talibanes en Afganistán, así como el posterior envío de Fuerzas de Autodefensa a Irak, daban indicio de la influencia de Koizumi en la Dieta. La materialización de estos hechos venía como producto del fortalecimiento del poder político frente a la vieja burocracia, la creación del Ministerio de Defensa y la Guardia Costera de Japón, conformaban voluntad política ejecutiva que se manifestaba en un mayor control del PLD sobre la burocracia todopoderosa (Vidal, 2010, p. 124). Este panorama era señal del efecto populista en Japón, que como observamos también permeaba el espectro internacional del país, una línea de toma de decisiones que llegaba a enfrentarse a la Carta Magna y a la condición pacifista del país, prueba clara del constante desafío al *status quo* imperante.

Todas las tomas de decisiones que empezaban a gestarse desde este modelo populista también empezaban a ejercer algún tipo de incidencia en el panorama internacional, Japón daba claras señales que denotaban la transformación de su identidad tras empezar a comparecer frente a un evidente cambio de intereses. La nueva agenda en el ámbito de seguridad y defensa empezaba a llamar la atención en el exterior ante su progresivo y evidente avance, el rol que Japón manifestaba en este escenario respondía a la consecución de esa aspiración que siempre había estado latente en la Posguerra, el de convertirse en un 'país normal' uno que "pudiera utilizar todas sus capacidades materiales, tanto las económicas como las políticas e incluso las militares" (Vidal, 2010, p. 65).

Japón, en palabras de Wendt (2005) cambiaba su definición inherentemente social – aquella que los actores mantenían colectivamente sobre el país –, se repensaba en nuevos términos y amparaba el costo beneficio que podía implicar el cambio de identidad. Japón precisamente entraba en la dinámica entre el "me" y el "yo" de George Mead, en el que el "me" o la subjetividad definida en función de los otros empezaba a mutar alrededor de su nueva proyección en seguridad y defensa, actores transversales en su historia de Posguerra como Estados Unidos o China eran testigos del cambio que Japón empezaba aceptar, satisfactoriamente, con el "yo".

El populismo en Japón, como hemos observado, ha tenido un inmenso impacto en la política japonesa, el estilo político que se impuso por parte de Koizumi fomentó un enorme

vuelco en lo que hemos interpretado del Japón de Posguerra, una nación que atendía a su evolución comercial como única herramienta para calar en el Sistema Internacional y que sostenía una amplia incertidumbre por la condición de vulnerabilidad que suponía atender al pacifismo que esgrimía su Constitución. La llegada del populismo empezaba a incidir en estos aspectos, como señala Lindgren (2015) “una explícita complacencia de reforma a las denominadas ‘políticas de siempre’” (p. 576) configuraría un marco de toma de decisiones que, permeado con su discurso al estilo ‘teatral’, legitimaría sus acciones y condenaría a aquellos que no. Esta particularidad populista lo dotaría de un inmenso poder que proyectaría tanto endógena como exógenamente, los cambios que plasmaría a nivel internacional en materia de seguridad tendrían un gran efecto en el artículo 9 de la Constitución, la implacable necesidad de atender a los desafíos que suponía el Sistema Internacional y la defensa del país ante un vecindario cada vez más alborotado, motivó a Koizumi a aprovechar su poder y particular populista, para así empezar a desaprobar el artículo 9, un hecho que necesariamente repercutía en la transformación de identidad japonesa a partir de la confección de un nuevo pliego de intereses, en el que Japón quería afianzar su identidad a partir del papel que cree debe jugar en el Sistema Internacional – autopercepción – y no el impuesto por los demás – intersubjetivo –.

Dentro del capítulo vemos necesario destacar también la administración de Shinzo Abe, mandatario que empalmaba a Junichiro Koizumi como primer ministro que, además de asociarse a la herencia populista dejada por Koizumi, enarbolaba esa renovada generación de línea dura conservadora japonesa denominada neoconservadurismo, la cual atendía a una visión más dinámica y activa de las Fuerzas de Autodefensa Japonesas que venía de la mano con su clara posición de reformas en el aparato constitucional para dar posibilidades de rearme en el país. Su posición a nivel internacional producía profundos impactos, en el caso con Estados Unidos, un Japón más militarizado se veía con buenos ojos y daría luces para un fortalecimiento de la alianza de seguridad ante el temor que generaba el panorama hostil protagonizado por el lanzamiento de misiles norcoreanos, tanto Obama como Trump se alineaban a la postura dura de Abe que consolidaba el progreso de Koizumi transformando la identidad de Japón. Esta apreciación se recreaba en la relación con Corea del Norte que, a

través de un discurso populista, legitimaba su toma de decisiones sancionatorias contra el régimen que trataba – bajo una lógica que ubicaba a Corea del Norte como el enemigo en el Sistema Internacional – permear las posturas de sus aliados para seguir agrediendo a este país económica y diplomáticamente con la intención de desescalar sus intenciones hostiles.

## VII. CONCLUSIONES

Como se ha observado, Japón ha sido sujeto de varias transformaciones de identidad en el periodo entendido como Posguerra, la volatilidad del Sistema Internacional ha sido uno de los factores clave que ha llevado a la determinación nipona de cambiar su identidad a partir de renovados intereses que traten de atender la necesidad internacional del momento, en palabras de Wendt (2005) Japón se trataba de adherir al papel en el que se le requería de acuerdo a la participación en los significados colectivos en los que interactuaba, un escenario que obedecía a la dinamicidad del Sistema Internacional. Sin embargo, ese papel se veía gravemente trastocado por la obligación que implicó adaptarse a una identidad conferida por las potencias vencedoras, las inmensas condicionalidades de las que sería sujeto Japón, en las que destacaba el particular de seguridad y defensa, lo obligaron a buscar una alternativa para poder surgir. La Doctrina Yoshida sería el resultado de estas acciones, volcar a la nación hacia el ámbito comercial y delegar la seguridad y defensa a Estados Unidos, indicaban el proceso de adaptación que estaba teniendo Japón, en este caso Japón obraba de manera mecánica según guiones precisos, aceptando su realidad como país derrotado; interpretando la metáfora de Mead, Japón solo atendía al “me” y se veía obligado a aceptar el “yo”.

No obstante, sería poco tiempo después para que Japón empezara a dar señales de la incomodidad que suponía no tener control de decisión sobre el rol y la planificación del personaje que quería exponer, una idea que aludía a necesidad de contar con un componente armado que atendiera, precisamente, a las necesidades del nuevo orden mundial. Si bien Japón interiorizaba y potencializaba su identidad conferida en el papel económico imprimido en la Doctrina Yoshida – convirtiéndose en potencia en este ámbito – llegaría la Guerra Fría



como el punto de inflexión, el evento que realmente dio claridad meridiana a Japón para querer transformar su identidad con propósitos de respuesta a la evidente amenaza que suponía este conflicto, en el que la alianza de seguridad con Estados Unidos atenuaba la situación por la posibilidad de quedar enfrascado en una lógica de *abandonment* o *entrapment*, que podría significar la recepción de beligerancias que contenía esta guerra. La condición pacífica japonesa, plasmada en el artículo 9 de la Constitución, era el aspecto que enmarcaba todos estos efectos perjudiciales para el país que lo obligaba a depender de una fuerza externa para poder sobrevivir en la volatilidad del Sistema Internacional.

Tras un paso en la Guerra Fría que afianzaba su identidad conferida – esa enmarcada por su potencial comercial y económico como única salida para conseguir poder – Japón iniciaba la imperiosa necesidad de cambios en el entramado de seguridad y defensa, la vulnerabilidad que enfrentó Japón con el estallido de la Guerra Fría lo llevó a replantear lo antes posible la alianza de seguridad con Estados Unidos a través de la consecución de consensos que dieran reforma a este ámbito en especial. La Doctrina Guam sería uno de los logros más grandes de esta evolución en la materia, una iniciativa que llevaría a la devolución de Okinawa y a estipular una “estrategia de defensa mínima” con el NDPO. Lo anterior muestra que el cambio de identidad que quería Japón obedecía a una mayor independencia con Estados Unidos que desde la Posguerra se expresaba en una relación de dominancia, la devolución de soberanía y la idea de una posibilidad de mayor desarrollo militar eran el principal indicio de tangibilidad de la transformación de identidad japonesa. Japón pasaba de una identidad conferida tras su rendición en la Segunda Guerra Mundial a una que pretendía la normalización de sus relaciones en el Sistema Internacional.

Como se ha visto, los cambios en el Sistema Internacional han sido factores cruciales que determinan alteraciones en los roles por parte de los agentes que lo constituyen, si bien Japón trataba de acoplarse a estas eventualidades, su condición pacífica no lo dejaba contribuir de la manera que se requería, limitándose así al aporte económico. El cambio de orden mundial como resultado del fin de la Guerra Fría y la consecuente Guerra del Golfo confirmaban que las soluciones económicas habían perdido su validez, el reproche internacional a la ‘diplomacia talonario’ caducaba la justificación japonesa de no intervenir

en conflictos aludiendo a su condición pacífica esgrimida en el artículo 9 de su Constitución. Además del pobre papel de Japón en los países que conformaban la liberación de Kuwait, se presentaban enormes desafíos que atendían a la constante amenaza norcoreana y la imparable reemergencia China, el esquema de seguridad japonés para responder a este escenario se anticipaba obsoleto por lo que repensarse en nuevos términos era ideal. El panorama internacional que dejaban estas eventualidades serían las que avalarían y materializarían una mejor posición de Japón dentro de la alianza de seguridad con Estados Unidos, la redefinición del mismo junto a iniciativas como la Declaración Conjunta, serían hechos que llevarían a brindar una fortaleza militar inédita que irían confeccionando un nuevo rol de Japón que sugería la transformación de su identidad.

En suma, la transición de potencia imperialista a país derrotado vio obligado a Japón a adoptar una nueva identidad que escogería el camino económico como catalizador de su esfuerzo para desarrollar el país, esto debido a las cláusulas – expuestas en el artículo 9 de su nueva Constitución – que lo obligarían a desentenderse del particular de seguridad y defensa. La Posguerra fue el escenario que empezó a demostrar que la restricción japonesa hacia su defensa tenía una imperiosa necesidad de cambio, si bien al inicio se consideraba un asunto que se remitía al hecho natural de protección por la amenazante volatilidad del Sistema Internacional, con el transcurrir de los años se convertiría en una obligación con sus responsabilidades internacionales. Las reformas y posteriores redefiniciones de la alianza de seguridad con Estados Unidos daban aval para empezar a dar respuesta autónoma ante estos eventos. Sin embargo, la condición pacifista del país, que se remitía a una cláusula expuesta en su Constitución, chocaba y no dejaba a Japón transformar su identidad para responder a esta multiplicidad de necesidades.

La llegada del populismo a Japón sería el ingrediente faltante para que Japón finalmente pudiera redefinirse en otros términos y así corroborar la añorada transformación de identidad que atendiera a las necesidades de todo lo que planteaba el Sistema Internacional. La llegada de Junichiro Koizumi daría un vuelco al *status quo* tradicional que imperaba en la política japonesa desde la Posguerra, su estilo político ‘teatral’ enfrascó una dicotomía que moralizaba el conflicto político en el que él representaría el ‘bien’ y sus opositores el ‘mal’,

lógica que implícitamente iba en contra de la poderosa burocracia japonesa y que suponía la inevitable afectación del Nivel II en su gobierno.

Apoderándose de una gran facción del PLD y sintiendo el respaldo de un grueso importante de votantes flotantes, el Nivel I – en términos de Putnam – empezaba a obviar al Nivel II, por lo que Koizumi empezaría a auto-legitimar su toma de decisiones sin importar la resistencia. Los cambios institucionales a partir de reformas electorales y administrativas que efectuaría Koizumi, serían los elementos claves que supondrían una mayor concentración de poder al Primer Ministro sobre el aparato burocrático, la creación de la Oficina de Gabinete materializaba la institución que finalmente daría control a la figura del Primer Ministro en el establecimiento de la agenda política – los intereses del país –, como diría Samuels (2007) nunca antes el Primer Ministro había sido tan presidencial.

Esto era evidente señal de que el populismo impactaría, como efectivamente lo hizo, la identidad de Japón, no solo en materia doméstica empezaría a revolucionar con su lógica anti-elitista y formulación de políticas justificadas a partir de su discurso manipulador. La política exterior también sería sujeto de su gestión de gobierno populista que, inevitablemente, trataba de transformar la identidad de Japón en el Sistema Internacional. La aprobación de la Dieta de un paquete de leyes que aportaban el envío de Fuerzas de Autodefensa en el marco del respaldo japonés a la Guerra contra el Terrorismo, ya atendía una lógica que desafiaba la condición pacifista del país, una acción que se complementaba con la creación del Ministerio de Defensa. Lo que había tardado alrededor de medio siglo en plasmarse, el populismo de Koizumi lo haría es su periodo ministerial, Japón confirmaba una nueva identidad en un sentido más militarista que, como apuntaría Wendt (2005) también representaría costes que se verían representados en dilemas de seguridad en su vecindario, a pesar de la posibilidad de un panorama que empezaba a dar noción de hostilidad con China y Corea del Norte, Japón seguiría manteniendo su condición de nación pacífica y comercial pero ahora con un tinte armado.

Tras la conmoción del fenómeno populista de Koizumi en Japón, la expectativa de su relevo en el poder llegaría con una idea de gobernación que partiría, igualmente, de este fenómeno. La llegada de Shinzo Abe como sucesor de Koizumi – permeado por una noción

neoconservadora – ayudaría a reconfirmar la transformación de la identidad japonesa a partir de la cimentación de un escenario que llevaba a mutar los antiguos sistemas de interacción con los agentes del Sistema Internacional, causa de la alteración que creaba la renovación de intereses de defensa japoneses que, naturalmente, impulsaban a redirigir su comportamiento frente al país. Como se mencionaba anteriormente, la creación de dilemas de seguridad y el aumento de tensión en la región, ha sido un desencadenante de la renovada postura internacional nipona a la que le daba prólogo Koizumi y mantendría Abe.

### VIII. BIBLIOGRAFÍA

- Chetty, S. (1996). The Case Study Method for Research in Small-and Medium-Sized Firms. *International Small Business Journal* .
- Curtis, G. (1999). *The logic of Japanese Politics. Leaders, institutions, and the limits of change.*, Nueva York: Columbi University Press.
- Drifte, R. (2003). *Japan's security relations with China since 1989 : from balancing to band-wagoning?* Nueva York: Routledge.
- Foote, N. (1951). *Identification as the Basis for a Theory of Motivation.* American Sociological Review.
- Green, M. (2001). *Japan's Reluctant Realism. Foreign Policy Challenges in a Era of uncertain power.* Nueva York: Palgrave.
- Hayes, L. (2001). *Japan and the security of Asia.* Lexington Books.
- Hirata, K. (2008). Who Shapes the National Security Debate? Divergent Interpretations of Japan's Security Role . *Asian Affairs*
- Hoadley, S., & Ruland, J. (2006). *Asian security Reassessed.* Singapur: Institute of Southeast Asian Studies.
- Hughes, C. (2005). Japan: Military Modernization in Search of a 'Normal' Security Role. En A. Tellis, & M. Wills, *Strategic Asia 2005-06: Military Modernisation in an Era of Uncertainty* (págs. 105-134). Washington D.C.
- Inoguchi, T. (2007). *Are there any theories of international relations in Japan?.* International Relations of the Asia-Pacific.
- Junnosuke, M. (1985). *Postwar Politics in Japan, 1945-1955.* Berkeley: Japan Research Monograph.
- Kawashima, Y. (2003). *Japanese, Foreign Policy at the Crossroads.* Washington: Brookings Institution Press.

- Lindgren, P. (2015). *Developing Japanese Populism Research through Readings Of European Populist Radical Right Studies: Populism As An Ideological Concept, Classifications Of Politicians And Explanations For Political Success*. Cambridge University Press.
- Lippman. (1947). *U.S. Foreign Policy*. Nueva York: Little Brown and Co.
- Masaki, H. (2007). "The political stakes are rising in Japan". *Asia Times*.
- Mead, G. (1934). *Mind, Self, and Society*. Chicago: University of Chicago Press.
- Muller, J.-W. (2018). EL AUGE ¿IMPARABLE? DEL POPULISMO. *BBVA OpenMind* .
- Muramatsu, M. (1997). *Inside the Japanese System. Readings on Contemporary Society and Political Economy*,. Nueva York: Stanford University Press.
- Otake, H. (s.f.). *Nihon gata Populism*. Tokyo : Chukoshinsho.
- Pence, C. (2006). "Reform in the Rising Sun: Koizumi's Bid to Revise Japan's Pacifist Constitution.". *North Carolina Journal of International Law and Commercial Regulation*.
- Putnam, R. (1998). *Diplomacy and Domestic Politics: The Logic of Two-Level Games*. *International Organization*.
- Pyle, K. (2007). *Japan Rising, The resurgence of Japanese power and purpose*. New York: Public Affairs.
- Rose, C. (2005). *Sino-Japanese Relations. Facing the past, looking to the future*. Nueva York : Palgrave.
- Samuels, R. (2007). *Securing Japan. Tokyo's Grand Strategy and the Future of East Asia*,. Londres: Cornell University Press.
- Snyder, G. (1997). *Alliance Politics*. Londres: Cornell University Press.
- Sugimoto, Y. (2003). *An Introduction to Japanese Society*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Takemae, E. (2002). *Inside GHW: The Allied Occupation and its Legacy*. Nueva York: Continuum.
- Togo, K. (2005). *The Quest for a Proactive Policy*. Leiden: International Institute for Asian Studies.
- Tsuchiyama, J. (2007). *Japan in international politics: the foreign policies of an adaptive state*. Lynne Rienner Publishers.
- Uchiyama, Y. (2015). Leadership Strategies: (Re)drawing Boundaries among and within Parties in Japan. En G. Hook, *Decoding Boundaries in Contemporary Japan, The Koizumi Administration and Beyond*. Routledge.
- Vidal, L. L. (2010). *La política exterior y de seguridad japonesa*. Barcelona: Editorial UOC .
- Vogel, K. (2006). *Japan remodeled: How Government and Industry are Reforming Japanese Capitalism*,. Nueva York : Cornell University Press.

Wendt, A. (2005). La anarquía es lo que los estados hacen de ella. La construcción social de la política de poder. *Revista Académica de Relaciones Internacionales*.